11430

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

UN DUELO A MUERTE.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1861.

5

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobelza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barometro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Canizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Cómo se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Como se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres politicas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.

El amor y la moda.
¡Esta loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El querer y el rascar....
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia
El afan de tener novio.
El juicio publico.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lagrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Dienle.
Los Amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos espa
Los dos inseparables.
La pesadilla de un case

La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los extasis
La posdata de una carta
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los Amantes de Teruel.
La verdad en el Espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el B
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvi
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernan
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdid
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Carid
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajen
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La Cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (al
La calle de la Montera.
Los pecados de los padre
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreno.
Los patriotas.

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.
Marta y Marta.

UN DUELO Á MUERTE.

UN DUELO Á MUERTE,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

D. ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

Representado por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 22 de Diciembre de 1860.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
Enero.—1861.

AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR

Don Emilio Santillan.

Querido Emilio: para ofrecer á V. un testimonio de mi sincera amistad, no he querido fiarme en mis propias fuerzas. Este drama, imitacion del que con el título de *Emilia Galotti* escribió el poeta aleman, Lessing, lleva en sí, por lo que debe á su orígen, méritos mas sólidos para aspirar á esta honra que otro cualquiera de mi invencion.

Acéptelo V., amigo mio, como una pobre muestra del entrañable cariño que le profesa

A. García Gutierrez.

612405

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/unduelomuertedra2045garc

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PERSONAJES.	ACTORES.
EMILIA RICCI.....	D.ª Teodora Lamadrid.
LA CONDESA ALINA.....	Adela Alvarez.
LUIS CONTI.....	D. Pedro Delgado.
COSME II DE MÉDICIS...	Juan Casañer.
MARINELLI.....	Manuel Mendez.
EL CONDE CAMILO RICCI.	Manuel Pastrana.
ÀNGELO.....	José Alisedo.
UN MAGISTRADO.....	Pedro Montaño.
LÁZARO.....	Joaquin Cabello.
CRIADO 1.º.....	Eduardo Molina.
IDEM 2.º.....	Manuel Vera.
LA MARQUESA DE BORGO.	N. N.

Magistrados, caballeros, guardias del Duque y criados.

ACTO PRIMERO.

Salon del palacio de Pitti, adornado con estátuas y otros objetos artísticos: puerta al fondo que dá paso al exterior; dos laterales, de las que, la de la derecha, comunica con las habitaciones del Duque, y la otra con el resto del edificio. Al levantarse el telon, un criado habrá acabado de colocar un gran cuadro en la pared, cubierto enteramente con un lienzo.

ESCENA PRIMERA.

MARINELLI, un CRIADO.

MAR. Asi está bien. (De este modo
no sospechará el engaño.)
CRIADO. ¿Quereis mas?
MAR. No; nada mas. (Váse el criado.)
Conti, ya estamos pagados.
Emilia no será mia;
pero si llega á tus brazos,
no será mi culpa. ¡Calle!
¿El príncipe levantado
á estas horas?

ESCENA II.

El DUQUE con varios memoriales en la mano: MARINELLI.

DUQUE. Marinelli;
¿tú aquí? ¿Cómo tan temprano?
MAR. Quedásteis anoche inquieto.
DUQUE. En efecto.
MAR. Y el cuidado...
y el deber...
DUQUE. ¡Ay, Marinelli!
MAR. ¿Suspirais?
DUQUE. No hallo descanso.
MAR. Un buen príncipe, que busca
la dicha de sus vasallos,
no reposa.
DUQUE. (Juraria
que el bribon se está burlando.)
Tienes razon: la ventura
de mis pueblos...
MAR. Sin embargo,
al revés que los derechos,
el deber de un soberano
tiene sus límites.
DUQUE. No:
yo soy en eso extremado.
Y á propósito. (Alargándole un memorial.)
MAR. ¿Qué es esto?
DUQUE. No sé: míralo despacio.
MAR. Lo de siempre; peticiones.
¡No hay paciencia para tanto!
Todos se creen con derecho
para comer del Erario.
DUQUE. Es verdad.
MAR. ¡Ah! y tambien yo
tengo que pediros algo
para un deudo.
DUQUE. Si es posible...
¿Y qué pide?
MAR. Un magistrado.
DUQUE. No hay vacante; á la primera

ocasion... Ahora, veamos
qué pide esa pobre.

MAR. Pide
una pension. Está exhausto
vuestro tesoro. ¿Y qué méritos
alega?

DUQUE. No me he hecho cargo.

MAR. ¡Ya! La demandante, Emilia
Brunetti, perdió un hermano
en vuestro servicio.

DUQUE. ¿Ves?

MAR. Fué correo de palacio:
en el violento ejercicio
de su profesion, contrajo
la gota, que puso término
en lo mejor de sus años
á su preciosa existencia.

DUQUE. Ya ves que fuera un ingrato,
un mal príncipe...

MAR. En efecto.

DUQUE. Tendrá lo que pide.

MAR. (Vamos,
se llama Emilia; este nombre
le ha barajado los cascos.)
¿Qué hacemos de los demas?

DUQUE. Lo que quisieres: quemarlos.
Bastante se ha hecho por hoy:
un príncipe no es de mármol.
(Marinelli habrá echado una rápida ojeada sobre los memoriales.)

MAR. Conti, pintor de su alteza...

DUQUE. Tienes razon: he olvidado
al pobre Conti; ¿qué pide?

MAR. ¡Qué ha de pedir! Sus atrasos.

DUQUE. ¿Se le debe?

MAR. ¡Ya lo creo!
Cerca de dos mil ducados.

DUQUE. Yo no puedo estar en todo.

MAR. ¿Se le pagará?

DUQUE. Está claro.
¡Mira lo que son los hombres,
Marinelli! Conti ha dado

en una manía.

MAR. ¿Y es?...

DUQUE. Que le aborreces.

MAR. ¡Ingrato!
Yo le probaré algun dia...

DUQUE. ¡Bah! Celos de cortesano.

MAR. Adónde llega mi afecto.
Ya ha terminado el retrato
de la Condesa.

DUQUE. ¡Bien, bien! (Con indiferencia.)

MAR. ¿No quereis examinarlo?

DUQUE. No.

MAR. Teneis fama de artista
eminente.

DUQUE. Aficionado
dirás: tengo el sentimiento
del arte... ¿Y es ese el cuadro?

MAR. Vais á ver.

DUQUE. Te lo prohibo.

MAR. No entiendo, señor.

DUQUE. Mas claro:
no me hables de la Condesa
en tu vida.

MAR. ¡Ya! ¿Ahí estamos?

DUQUE. Y si tú fueras mi amigo,
ya hubieras adivinado
que hace un mes, ¡ay! todo un mes...

MAR. ¿La aborreceis?

DUQUE. ¡No! no tanto.
—¡Marinelli! Me fastidio...

MAR. ¡Señor!

DUQUE. Como un soberano.

MAR. Me alegro.

DUQUE. ¿Qué es lo que has dicho?

MAR. La verdad: porque os preparo
un fiesta, y os será
mas acepto el agasajo.

DUQUE. ¿Qué fiesta es esa?

MAR. Una lucha
interesante: ha llegado
vuestra pantera africana.

DUQUE. ¿De veras?

MAR. Es un gallardo
animal, suelto, flexible;
pero feroz sin embargo.
¡Qué rugido! ¿y la mirada?
¡En su jaula aprisionado,
fascina!
DUQUE. ¡Calla! esas fieras
tan ponderadas, espanto
de los desiertos, se enervan
en la esclavitud.
MAR. No tanto...
DUQUE. Veremos en esa lucha...
¿Cuál ha de ser su contrario?
MAR. La hiena de Java.
DUQUE. ¿Y dónde?
MAR. En vuestra casa de campo.
¿No os parece?...
DUQUE. Convenido.
MAR. Por fin, os vais animando.
DUQUE. No te lo aseguro: tengo
en el corazon un dardo...
(Un Criado anunciando.)
CRIADO. El señor Conti.
DUQUE. ¡Silencio!
luego te hablaré despacio.

ESCENA III.

DICHOS y CONTI.

DUQUE. Ven acá.
CONTI. ¡Príncipe amado!
DUQUE. Acabo de despachar
tu peticion.--Haz doblar (Á Marinelli.)
la suma, y paga al contado.
CONTI. ¡Tanta bondad!
DUQUE. Y es razon.
El que con fortuna tanta
de mis estados levanta
la gloria y reputacion,
tiene derecho á esperar
que su príncipe le asista...

CONTI. Teneis el alma de artista.
MAR. (¡Qué adulacion tan vulgar!)
CONTI. Por vos solo, por vos, siento
envidia á tantos renombres.
MAR. (¡Cómo abusan estos hombres
con pretexto del talento!)
DUQUE. Pero, ¿por qué no me has dicho?...
Dios sabe si el memorial
corrió peligro.
(Mirando á Marinelli, y sonriéndose.)
CONTI. ¡Era tal
mi empacho!
DUQUE. ¡Vaya un capricho!
CONTI. Quiere mi suerte enemiga
que á distraer me desmande
vuestra atencion; pero es grande
la causa que á ello me obliga.
DUQUE. ¡Hola!
CONTI. Hay momentos supremos.
DUQUE. ¿Son deudas?
CONTI. No tengo á quien...
DUQUE. No te avergüences: tambien
los príncipes las tenemos.
MAR. Cierto.
DUQUE. Nombra á tus judios
si es verdad lo que supongo...
¡y ya verás! te los pongo...
en donde he puesto á los mios.
CONTI. No es eso.
DUQUE. ¿Ambicion?
CONTI. Tampoco:
y á poseer cuanto encierra
en sus entrañas la tierra,
hoy fuera á mi anhelo poco.
MAR. Alguna mujer quizá.
(Conti le mira con cólera.)
DUQUE. Tú has dado en ello.
MAR. (Con calma.) Y es eso.
DUQUE. Confiésalo.
CONTI. Lo confieso.
MAR. El arte lo perderá.
DUQUE. ¡Calla, profano infeliz!

MAR. Yo pensé...
DUQUE. ¡Pobre ignorante!
¿Cuál fué la musa del Dante,
sino el amor de Beatriz?
Esa facultad divina
que el rumbo del genio marca,
Laura la animó en Petrarca,
y en Rafael, Fornarina.
¿No es cierto? En el corazon (Á Conti.)
en que amor no tiene parte,
para mí, Conti, no hay arte,
ni vida, ni inspiracion.
CONTI. Cierto: ese móvil del hombre,
que llena su fantasia
de encanto y luz y armonia,
indefinible y sin nombre;
guia misterioso y fiel
del músico y del poeta,
que bulle en nuestra paleta
lo mismo que en el cincel;
que tiene en gloria y dolor
á la belleza por norma;
¿qué ha de ser sino una forma
que á veces toma el amor?
DUQUE. ¡Bien, Conti!
MAR. (¡Qué singular
raciocinio!)
DUQUE. ¿Qué murmuras?
MAR. ¿Quién, yo, señor? (Hay locuras
que es preciso respetar.)
CONTI. No me habeis dicho, y me llama
la atencion, si no es olvido;
¿qué tal os ha parecido
el retrato de esa dama?
MAR. (Aqui es ella.)
DUQUE. ¡Ah, si! (¿Qué tal?)
(Ap. á Marinelli.)
MAR. ¡Pche! (Ap. al Duque.)
DUQUE. ¡Pche!—¿Quieres que te diga
la verdad?
CONTI. Esa es la amiga
del artista.

DUQUE. No está mal.
Ya te explicaré despues...
CONTI. Que no os agrada sospecho.
DUQUE. Eso no; pero la has hecho
mas bella de lo que es.
CONTI. ¿Mas bella? Nadie diria...
DUQUE. Si, Conti: en vano lo niegas.
Es tu defecto; te entregas
demasiado á la poesia.
Hay gracia, hay luz, vaguedad,
expresion: todo esto es grato
como arte; pero el retrato
lo que quiere es la verdad.
CONTI. Señor, la mujer no admira
por sí propia.
DUQUE. Eso no creo.
¿Pues por qué?
CONTI. Por el deseo
ó el amor del que la mira.
DUQUE. Explícame eso. (Sonriéndose.)
MAR. (¡Está ducho!)
CONTI. Bien la razon se os alcanza.
Digo, que aqui la tardanza
me ha perjudicado mucho;
pero el que ha de trasladar
el alma á la par que el gesto,
no puede acabar tan presto
como vos dejais de amar.
DUQUE. Pues bien; táchame de ingrato,
y aun de injusto; verdad es;
tiene á lo menos un mes
de antigüedad el retrato.
CONTI. ¡Pobre Condesa!
MAR. ¡Tan buena,
tan cariñosa!
DUQUE. Concedo;
pero ¿qué quieres? no puedo
soportar esta cadena.
(Un criado aparece en el fondo: Marinelli se adelanta hácia él, y hablan en voz baja.)
Aunque deba lastimar
su orgullo, estoy decidido...

MAR. ¡La Condesa! (Al Duque en voz baja.)
DUQUE. No ha podido
á mejor tiempo llegar.
—Lo que me disgusta en esta
situacion, lo que en mí labra...
MAR. ¿Qué es?
DUQUE. La primera palabra
es siempre la que mas cuesta.
MAR. ¿Y qué quereis?
DUQUE. Haz con arte
que entienda mi estado... ¡pues!
MAR. Ya la conoceis.
DUQUE. Despues,
no temas, vendré á apoyarte.
Ven, Conti.
(Vánse los dos por la izquierda. Marinelli se adelanta hácia la puerta del fondo, por donde sale un momento despues la Condesa.)

ESCENA IV.

ALINA, MARINELLI.

MAR. ¿Sois vos, Condesa?
ALINA. ¿Y el Duque?
MAR. No os esperaba
sin duda.
ALINA. ¿Y qué?
MAR. Y ahora acaba...
—¿Mas qué novedad es esa?
ALINA. Temores de un pecho amante.
Me mata una pena fiera.
MAR. ¡Pena! nadie lo dijera
mirando vuestro semblante.
¿Y qué es?
ALINA. Un presentimiento.
—¿Pero qué es lo que sucede
aquí? ¿Y el Duque?
MAR. No puede
salir en este momento.
ALINA. ¿Cómo es eso?

MAR. Está encerrado
con el Consejo.
ALINA. ¿Á esta hora?
MAR. ¡Siempre!—Nos matan, señora,
estos negocios de Estado.
ALINA. Eso no es cierto.
MAR. Decis
cosas...
ALINA. Eso no os afrenta.
MAR. Pues bien; suponed que mienta.
ALINA. No supongo; es que mentis.
—En vano ayer esperé
en mi quinta á vuestro dueño.
¿Por qué no fué?
MAR. ¡Es fuerte empeño!
ALINA. ¡Pregunto por qué no fué!
MAR. ¡Tal vez un olvido!—Es llano
que no pudo ser desprecio.
ALINA. ¿Y quién os ha dicho, necio,
impudente cortesano,
que dudo de esa verdad?
Con mi corazon altivo;
¿imaginais que no vivo
en esa seguridad?
¿Él despreciarme?
MAR. ¡No á fé!
ALINA. Cuando ya la pasion mia
no estimara; ¿por qué habia
de despreciarme? ¿por qué?
Odie, aborrezca primero
mi amor, si ya no le paga;
mas ¡despreciar!... Quien tal haga
no se llame caballero.
—¿Pero estais mudo?
MAR. Quizá
os anticipais, señora.
—Aun no ha llegado esa hora.
ALINA. ¿Mas pensais que llegará?
MAR. Suceden en un momento
cosas... y puede que no.
—Miradlo vos misma: yo
no tengo vuestro talento.

ALINA. ¡Gracias!
MAR. No es mio el favor,
si hay favor, que no lo admito.
En este punto, repito
la opinion de mi señor.
ALINA. ¡Yo talento!
MAR. ¡Oh, si! ¡eso si!
ALINA. ¡No habeis podido escoger
otro agravio! ¡una mujer
que piensa! ¡pobre de mí!
MAR. Las damas de vuestra especie...
ALINA. ¡Callad, callad! ¡me haceis daño!
—¿Yo talento? ya no extraño
que el príncipe me desprecie.
La mujer que raciocina...
qué gracia para un amante!
¿verdad? no es tan repugnante
el hombre que se afemina.
Autómata singular,
destinado á divertir,
la mujer debe reir...
la mujer debe llorar!
Asi cumple su mision
gloriosa, nada es mas justo!
de agradar al hombre, augusto
monarca de la creacion.
MAR. ¡Sacais unas consecuencias!...
ALINA. ¡No me ama ya!
MAR. Como un niño;
mas ya sabeis que el cariño
tiene sus intercadencias.
ALINA. ¡Marinelli!
MAR. Anduvo ayer
triste, y la color difunta.
ALINA. ¿Son celos?
MAR. Á esa pregunta,
no os puedo satisfacer.
ALINA. ¡Pluguiera á Dios!
MAR. (¡Vanidad
de mujer!)
ALINA. Me holgara de ello.
MAR. El sol siempre es mas bello

después de la tempestad.

ALINA. ¡Mas qué miro! Mi retrato
tiene aquí. ¡No veis qué iluso,
qué necio afan! ¡Y le acuso
de olvidadizo y de ingrato!...

MAR. (Esta es otra.)

ALINA. ¡Ingrato! ¡oh, no!
—Ya veis con qué poca cosa
es una mujer dichosa
cuando quiere como yo.
Y ya que está aquí, he de ver
si conforme á mi deseo...
(Vá á descubrir el retrato: Marinelli quiere estorbarlo; pero la Condesa le hace apartar y arranca el velo que cubre el cuadro. La pintura, que es un retrato de Emilia, representa la Caridad.)

MAR. Mirad...

ALINA. Dejadme. ¡Qué veo!
Yo conozco á esta mujer.

MAR. Es la Caridad.

ALINA. ¡Qué error!
¡Marinelli! Me han vendido.

MAR. Pues yo jurara que ha sido
un capricho del pintor.

ALINA. ¡Capricho! En carne morta!
he visto yo esa virtud.
—Bien me dijo tu inquietud,
amor! esa es tu rival.

MAR. ¡Ya!

ALINA. ¡Y nunca de mi memoria
se aparta; triste de mí!
¡Nunca! desde que la ví
en el palacio de Doria.

ESCENA V.

DICHOS, el DUQUE y CONTI.

DUQUE. ¡Alina!

ALINA. ¿Verdad que es bella
esa imágen?

DUQUE. (¡Ay! ¿No ves, (Ap. á Marinelli.)
Marinelli?)
CONTI. ¡Oh, Dios!
DUQUE. (¿No es
ilusion? ¡Es ella! ¡Es ella!...)
CONTI. ¡Duque y señor!
DUQUE. ¿Qué te pasa,
buen Conti?
CONTI. ¿Quién atrevido
ese lienzo ha sustraido
al sagrado de mi casa?
MAR. Algun error...
ALINA. Es probable. (Con ironía.)
CONTI. Vuestro criado me dió
un cuadro por otro, y yo...
DUQUE. Pero, Conti, ¡es admirable!
CONTI. Gracias.
DUQUE. ¡Qué diafanidad!
¡Qué frescura! ¡Qué valiente
contorno! Pues ese ambiente
se respira; ¿no es verdad?
MAR. Cierto.
DUQUE. Pero esa belleza
hija es de tu fantasía.
Tales prodigios no cria
la pobre naturaleza.
CONTI. Os equivocais, señor.
MAR. ¿Es modestia?
DUQUE. ¿Me he engañado?
CONTI. Esa imágen es traslado
de obra de artista mejor.
ALINA. (No sé de esto qué recelo.)
MAR. Pues si en la copia hay verdad,
ya tengo curiosidad
por conocer el modelo.
CONTI. Es modesta aun mas que hermosa,
y eso temo que lo impida.
DUQUE. ¿Pero quién es?
CONTI. Mi elegida:
Emilia Ricci, mi esposa.
MAR. ¡Vuestra esposa! ¡Puede ser
tan afortunado un hombre!

CONTI. Pronto llevará mi nombre.
MAR. (Eso es lo que está por ver.)
DUQUE. Bien se vé que te inspiró.
ALINA. Y á vos tambien.
DUQUE. No lo niego.
—Yo por las artes soy ciego.
ALINA. Eso mismo digo yo.
Tiene su alteza por ellas (Con ironía.)
gran pasion.
MAR. Y de tal modo
las cultiva...
ALINA. Sobre todo
cuando las artes son bellas.
DUQUE. (¡Imprudente!) (Ap. á la Condesa.)
MAR. No me admiro:
yo mismo, tengo tambien
mi inclinacion.
ALINA. Ahora bien...
señor Duque, me retiro.
DUQUE. ¿Os vais?
ALINA. ¿Qué he de hacer, si os veo
tan gravemente ocupado?
¡Mil veces dichoso Estado,
que él es siempre vuestro empleo!
—¡Adios, señor! (Yo he de ver
(El Duque hace ademan de acompañarla.)
á esa rival.) ¿Cortesías? (Irónicamente.)
DUQUE. Adios, pues.
ALINA. (¡Sospechas mias,
mucho llevo en qué entender.) (Váse.)

ESCENA VI.

DICHOS, menos la CONDESA.

MAR. Parece que vá enojada.
DUQUE. Tanto mejor.
CONTI. (¡Y celosa
tal vez!)
DUQUE. Para mí no hay cosa

en el mundo tan cansada.
—¿Sabes, Conti, que el prestigio
de ese amor, ha transformado
tu gusto? Estoy admirado
delante de ese ¡prodigio.

CONTI. Vuestra bondad...

DUQUE. Dí mejor
tu ingenio: esa obra maestra
dará al mundo una alta muestra
de lo que fué mi pintor.

CONTI. Confundido estoy.

DUQUE. De veras!
no esperaba tanto brio
ni tanto...—Ese lienzo es mio:
pide por él cuanto quieras.

CONTI. Es mi regalo nupcial.

DUQUE. Otra dádiva es mas propia.
¿Para qué quiere la copia
quien tiene el original?
Las imágenes son dos:
¿no puede tu soberano
poseer la de tu mano
teniendo tú la de Dios?
¿Qué dices?

CONTI. Sin que os ofenda,
negároslo es mi deber,
que de la propia mujer
á nadie se ha de dar prenda.

DUQUE. ¡Basta!

CONTI. ¿Os habeis enojado?

DUQUE. De ningun modo.—Esa Emilia;
¿quién es?—Hay una familia,
si no estoy equivocado...

MAR. Es hija de la marquesa
de Borgo.

CONTI. Cierto.

DUQUE. ¡Atrevido
pintor! ¿Y cómo has podido
aspirar á tanta empresa?
Con dama de tal valia,
entre sus nobles iguales
habrás tenido rivales.

CONTI. Tengo alguno todavia.
DUQUE. ¿Hombre ilustre?
CONTI. La fortuna
acaricia al insolente;
que por lo demas, desmiente
la nobleza de su cuna.
MAR. (¡Ah!)
DUQUE. ¿Cómo?
CONTI. Quien á una dama
insulta...
DUQUE. No puede ser
noble; quisiera saber
su nombre: ¿cómo se llama?
(Marinelli se turba: Conti le dirige una mirada de desprecio.)
CONTI. Permitidme que lo oculte ..
por él.
DUQUE. Mas si á tal extremo
vuelve á arrastrarse...
CONTI. No temo
que segunda vez la insulte.
DUQUE. ¿Le has muerto?
CONTI. Fuera inhumana
accion, con tal enemigo:
le azoté el rostro, en castigo
de su conducta villana.
DUQUE. ¿Y no respondió á ese ultraje
con la espada?
CONTI. ¡Á Dios pluguiera!
DUQUE. ¿Y dices...—¡no lo creyera!—
que es hombre de buen linaje?
(Marinelli se habrá acercado á la mesa, donde escribe sin dejar de prestar atencion al diálogo.)
MAR. (¡Ah, me ahogo!)
DUQUE. ¡Vive Dios!...
Marinelli, ¿has escuchado?...
MAR. Todo.
DUQUE. Estarás indignado.
MAR. Indignado... como vos.
Mas no os irriteis.
DUQUE. ¿Qué quieres?
MAR. (¡Ira y venganza respiro!)

DUQUE. Cuando oigo estas cosas, miro
con vergüenza á las mujeres.
Y dé gracias á que ignoro
su nombre...
CONTI. No lo creereis
si os lo digo.
MAR. (Al Duque.) Aquí teneis
un bono contra el tesoro.
(Entregándole un papel, que el Duque alarga á Conti.)
DUQUE. Está bien.—Hoy á tu esposa
darás galas y preseas.
CONTI. ¡Tanta bondad!...
DUQUE. ¿No deseas
de tu príncipe otra cosa?
CONTI. Si, señor, pues tanto gano
en vuestra noble indulgencia.
DUQUE. ¿Y qué pides?
CONTI. Una audiencia
para el que ha de ser mi hermano.
DUQUE. Concedido. (¡Ya esto es hecho!
Murió la esperanza mia.)
MAR. ¿Qué teneis? (Ap. al Duque.)
DUQUE. (Ap. á Marinelli.) ¿Qué? ¡la agonía!
¡la muerte dentro del pecho!
MAR. Disimulad.
DUQUE. Conti, adios.
CONTI. Tambien de aquí me retiro.
(El Duque observa por un momento á Conti y á Marinelli.)
DUQUE. (¡No me engañé.) Á lo que miro,
no os quereis mucho los dos.
Yo amigos os he de hacer.
CONTI. (¡Jamás!)
DUQUE. Tengo esa esperanza.
—¿No respondeis?
MAR. Mucho alcanza
conmigo vuestro poder.
DUQUE. Con eso me satisfago.
(Váse el Duque por la izquierda.)

ESCENA VII.

MARINELLI, CONTI.

MAR. ¡Conti!...
CONTI. Yo á nada me obligo.
MAR. Ni yo.
CONTI. Soy vuestro enemigo.
MAR. ¡Y Dios sabe si os lo pago!
CONTI. Eso quiero.
MAR. Ya la suerte
está echada, y ¡vive el cielo!...
CONTI. Odio por odio.
MAR. ¡Es un duelo
terrible!
CONTI. ¡Implacable! ¡á muerte!
(Váse por la puerta del fondo.)

ESCENA VIII.

MARINELLI.

¿Quién vencerá? La verdad
es, que temo y desconfio
del Duque; mas le hace mio
su eterna debilidad.
Ya en él desperté el amor
á Emilia, y mi triunfo es cierto
si ahora los celos despierto.
—¡Yo conozco ese dolor!
(Mirando al retrato de Emilia.)
¡Encantadora homicida
de la esperanza de un triste!
¡Infausta mujer, que fuiste
único amor de mi vida!
¿Qué pensamiento fatal
se engendró en mi desventura,
para arrojar tu hermosura
en los brazos de un rival?
¿Qué esperanza en este abismo

de desdichas, tener puedo?
¿Cuál será, que tengo miedo
de decirmelo á mí mismo?
Beldad, gracia y juventud,
¡todo eso tienes! Pues bien...
¿por qué has de tener tambien
la gracia de la virtud?
¡Ay! que esa luz que en tí veo,
hace, á la par que tu gloria,
imposible mi victoria
y cobarde mi deseo.
En tí mi desdicha rara
ha hallado ese encanto nuevo,
y te adoro, y no me atrevo
á mirarte cara á cara.
¡Por eso mi amor te busca
vencida! por eso ensayo
si puedo apagar el rayo
de esa virtud que me ofusca!
Y ya que Dios me negó
el valor que en tí se encierra,
¡ángel! desciende á la tierra
para que te alcance yo.

ESCENA IX.

MARINELLI, CAMILO, despues CONTI.

MAR. (¡El hermano!)
CAM. ¿Puedo hablar
á su alteza?
(Camilo le dice esto con marcadas muestras de repugnancia.)
MAR. (¡El mismo siempre!)
Voy á verlo. (Cómo juega
con el peligro esta gente!)
(Entra en la cámara del Duque: al mismo tiempo sale Conti por el fondo.)
CAM. ¿Estás decidido?
CONTI. Á todo.
CAM. Pero en un plazo tan breve...
CONTI. Hoy mismo ha de ser, Camilo.

Esta sospecha vehemente
me punza el alma, y hoy quiero
que se decida mi suerte.

CAM. Tu voluntad es la mia;
pero dime: ¿si no accede?...

CONTI. Si á tanto llegara... habremos
cumplido nuestros deberes,
y por tanto, no podrá
acusarnos de rebeldes.

CAM. Y si no te has engañado;
¿piensas que será prudente
irritar su amor?

CONTI. Hermano,
cumple tú como quien eres.
Primero es la obligacion.

CAM. Quiera Dios que no lo yerres.

ESCENA X.

DICHOS y el DUQUE.

CAM. ¡Mi señor!...

DUQUE. ¡Camilo! Conti...
pues tan pronto!

CONTI. Es impaciente
el amor.

CAM. Á lo que entiendo,
sabeis la ocasion alegre
que á vuestras plantas me trae.

DUQUE. Es verdad: y aunque me tiene
tu conducta algo enojado...

CAM. ¿Enojado? ¿de qué suerte?

DUQUE. No vienes nunca á mi córte.

CAM. Mi pobreza...

DUQUE. Los que deben
tan alto nombre á su cuna,
son ricos de gloria siempre.
¿Decias?...

CAM. Que hoy vuestro artista
estrecha en vínculo fuerte
la amistad de nuestras almas
y el cariño de pariente.

DUQUE. Ya lo sé; pero ignoraba
que tan cercano estuviese...
—¡Esto ha sido una sorpresa!
(¡Amor! ¡nada hay ya que esperes!)
Lo siento á fé.
CAM. ¿Qué habeis dicho?
DUQUE. ¡Es tanto el lugar que tiene
vuestra familia en mi afecto!
CAM. Ya sé lo mucho que os debe.
DUQUE. Mi boda con Margarita
de Orleans, sabes que ha de hacerse
en breve plazo.
CONTI. (¿Qué intenta?)
DUQUE. Mi deseo mas ardiente
era, que mi noble esposa
madrina en la boda fuese.
CAM. Gracias; pero...
DUQUE. ¿No es posible?
CAM. ¡Ved qué desdicha tan fuerte!
Pero está mi anciana madre
hace tres años doliente,
y por instantes conoce
que se aproxima su muerte.
DUQUE. Proseguid. (Con impaciencia.)
CAM. Y antes que el término
del plazo terrible llegue,
quiere bendecir á Emilia
en ese instante solemne.
DUQUE. Mezclar el luto á las bodas...
CAM. (Con respeto, pero con firmeza.)
Para mí, sea como fuere,
la voluntad de mi madre
es suprema, omnipotente.
DUQUE. (Haciéndose violencia.)
¡Basta! no se hable ya mas
de este asunto: ella lo quiere,
y yo... yo os doy mi licencia...
y á entrambos mis parabienes.
CAM. Aun hay mas.
DUQUE. Prosigue.
CAM. Luego
que la boda se celebre,

vamos á Módena.

DUQUE. ¡Cómo!
¿Por qué tiempo?

CAM. Para siempre.

DUQUE. ¡Os extrañais de mi tierra!

CAM. Tenemos allí parientes
poderosos, que nos llaman.

DUQUE. (¡Todo contra mí se vuelve!
Esto se acabó.)

CONTI. ¿Nos dais
permiso?...

(El Duque los despide con una seña: despues que han salido, se deja caer con abatimiento en un sillon. Sale Marinelli.)

DUQUE. ¡Pese á mi suerte!

(Dando un suspiro.)

ESCENA XI.

EL DUQUE y MARINELLI.

DUQUE. ¿Ahí estabas?

MAR. Vuestra amarga
queja, con dolor escucho.

DUQUE. ¿Conoces á Emilia?

MAR. Mucho.

DUQUE. ¿Desde cuándo?

MAR. Es fecha larga.

DUQUE. Tú puedes darme algun norte...
—¿Fué en Pisa?

MAR. Su patria es esa.
Allí vivió la marquesa
desde que dejó la córte,
y allí tambien vuestro artista
de Emilia sintió el hechizo,
y pagado en su amor, hizo
tan envidiada conquista.

DUQUE. ¡Envidiada! Dilo asi.
¡Si supieras!... No me atrevo
á decirlo.

MAR. Ya no es nuevo
ese afecto para mí.

DUQUE. Has comprendido quizá?...
MAR. Que la amais.
DUQUE. ¡Pese á mi estrella!
MAR. Desde el dia en que con ella
bailasteis, un mes habrá.
Desde aquella fecha, data
de ese amor la triste historia.
DUQUE. Nunca en la casa de Doria
conociera á quien me mata.
—Yo ni aun la hubiera notado
sin tí: ¡como estaba oculta
con la máscara!...
MAR. Resulta
que soy de todo el culpado.
DUQUE. Confiesa...
MAR. Confesaré,
si aun esto se me consiente,
que fuí la causa... inocente.
DUQUE. Eso es lo que no diré.
—¡Tu inocencia!
MAR. ¡Es desventura
la mia!
DUQUE. Y si lo sospecho,
tengo razon: nunca has hecho
cosa alguna á la ventura.
Y despues, al verme herido,
lanzando dolientes quejas,
vuelves la espalda y me dejas...
—¡Para qué la he conocido!
MAR. ¡Es verdad! ¡Yo os abandono!
DUQUE. ¡Indiferencia y perfidia
veo no mas! ¡Y hay quien envidia
á los que ocupan el trono!
MAR. ¡Ah, señor!
DUQUE. ¿Te juzgo mal?
Dáme pruebas...
MAR. De eso trato.
—¿Pensais que de ese retrato
fué el trueque tan casual?
DUQUE. ¡Admirable prevision!
Y Emilia pasa á los brazos
de otro hombre, y hoy esos lazos

vá á estrechar la religion.
MAR. ¡Norabuena! ¿Y qué os importa?
DUQUE. Contra mi amor será escudo.
MAR. ¡No digais tal! Ese nudo
ó se desata... ó se corta. (Pausa.)
Si ha de estorbar un villano
vuestra dicha...
DUQUE. Yo no sé
de qué modo...
MAR. ¿Para qué
sois príncipe soberano?
DUQUE. En mi propia gerarquia
la dificultad se encierra.
Yo no quiero que en mi tierra
me acusen de tirania.
MAR. ¡Ah! ¿Y eso, qué viene á ser?
DUQUE. El que de la fuerza abusa,
es tirano.
MAR. ¿Y quién acusa
al leon, de su poder?
DUQUE. Si hallara razon...
MAR. ¿Pues no?
DUQUE. Conti en nada me ha ofendido.
MAR. Luego no habeis comprendido...
—Ya lo sospechaba yo.
DUQUE. Pues... ¿qué es lo que has visto?
MAR. Toda
su perfidia.
DUQUE. Eres injusto.
MAR. ¡No! Bien sabia el disgusto
que os daba con esa boda.
DUQUE. ¿Conocia mi pasion?
¿Cómo, si yo la he ocultado
siempre?
MAR. No hay enamorado
que no tengo esa ilusion.
—Lo sabe; no tengo duda:
mi experiencia no me engaña.
DUQUE. ¿Quién le ha dicho?... ¡Es cosa extraña!
MAR. Esa imágen que habla muda.
(Señalando al retrato.)
DUQUE. Es posible.

MAR. Recordad
su turbacion, sus recelos.
DUQUE. Eso debe ser.
MAR. Los celos
le hicieron ver la verdad.
DUQUE. ¡Y ahora recuerdo! Aquel tono...
MAR. ¿Veis?
DUQUE. Y aquel desden altivo...
—Pues si es verdad, ¡por Dios vivo,
que nunca se lo perdono!
—Y es tan bella esta venganza
y de tal modo me hechiza...
MAR. Para todo os autoriza
su indigna desconfianza.
—Ea, pues, aceptad el reto.
DUQUE. Si mi amor no estaba oculto,
su venida...
MAR. Es un insulto
con máscara de respeto.
DUQUE. ¡Me vengaré! (Con resolucion.)
MAR. Y en conciencia,
así todo se concilia. (Presentándole un pliego.)
—Firmad.—Alcanzais á Emilia...
DUQUE. ¿Qué es?
MAR. Un acto de clemencia.
DUQUE. Es virtud que estimo; ¿pero
es justo?
MAR. (¡Qué candidez!)
DUQUE. Dí.
MAR. No se puede á la vez
ser clemente y justiciero.
DUQUE. ¿Qué perdono aquí?
MAR. El delito
de un pobre...
DUQUE. Algun criminal
terrible.
MAR. ¡Terrible! ¡Tal
como yo le necesito. (Firma el Duque.)
DUQUE. ¿Y entregarás á ese hombre
mi secreto?
MAR. No, por cierto;
¡eso no!

DUQUE. Deja á cubierto
mi autoridad y mi nombre.
MAR. ¿No habeis dicho vuestro amor
á Emilia?
DUQUE. Aunque es tan austera,
si yo la viese...
MAR. Eso fuera
por el momento, mejor.
¡Ea! presentaos á su vista.
DUQUE. ¿Cómo?
MAR. Lo he pensado ya.
—Todás las mañanas vá
á la iglesia del Bautista.
La concurrencia no es mucha
ahora: ocultad el semblante,
prometed, mostraos amante,
y harto será si no escucha.
DUQUE. No me oirá; tú lo verás.
MAR. Tal vez; pero haced la prueba.
Por menos la madre Eva
sacrificó mucho mas.
Si de un príncipe al arrullo
cierra tirana el oido,
decid que nunca ha sentido
ni la ambicion ni el orgullo.
DUQUE. Tal creo.
MAR. Pues si es verdad,
que en mujer es cosa rara,
aun asi yo la guardara
como una curiosidad.
(Aparece un criado en la puerta del fondo.)
DUQUE. Mira qué quieren. (¡Lo veo!)
(Marinelli se dirige á la puerta del fondo y habla en voz baja con el criado.)
Sobre mi conciencia cargo
un crímen, y sin embargo...
¡persuade tanto un deseo!...
¿Qué sucede? (Á Marinelli, que se le acerca.)
MAR. El tribunal
del crímen, os pide audiencia.
DUQUE. ¿Qué trae?
MAR. Tal vez la sentencia...

DUQUE. Dí, ¿no habremos hecho mal?
Si de Emilia el corazon
gano sin ajena ayuda,
fuera lo mejor sin duda,
y era ocioso ese perdon.
MAR. Pero es hoy la boda.
DUQUE. Cierto.
MAR. Y si vuestro plan aborta,
ya no habrá tiempo... Esto importa;
y dad á Gubbio por muerto.
DUQUE. ¿Qué?
MAR. Solo de esta manera
callará. ¿Por qué he elegido
á un desalmado, á un bandido?
Decid que su alteza espera. (Al Criado.)
(Un momento de silencio: tres magistrados entran por la puerta del fondo: uno de ellos se adelanta, y doblando la rodilla, presenta al Duque un pliego.)

ESCENA XII.

EL DUQUE, MARINELLI y los MAGISTRADOS.

MAG. ¡Señor! Con duelo esta vez,
y á precio de mi reposo,
cumplo el deber mas penoso
que tiene el severo juez.
El tribunal, con el fuerte
brazo de la ley armado,
contra Angelo Gubbio ha dado
dura sentencia de muerte.
DUQUE. Yo usando de mi mejor,
mas grata prerogativa,
señores, quiero que viva.
MAG. Todo eso podeis, señor:
templar la severidad
de la ley que le condena.
—Esta aplicará otra pena...
DUQUE. Ya le he dado libertad.
MAG. Mas la ley pide un castigo
para el culpable.
DUQUE. ¿Qué es eso?

MAG. Ir mas allá fuera exceso.
DUQUE. Contemplad que hablais conmigo.
MAG. Protesto de esa sentencia.
DUQUE. Toda reflexion es vana.
Yo represento en Toscana
la justicia y la clemencia.
¿Quién es aqui el dueño?
MAG. Vos;
pero ved que asi se falta
á otra potencia mas alta:
¡la justicia, hija de Dios!
DUQUE. ¡Soy soberano!
MAG. Es verdad;
y ya que os hallo benigno,
perdonad si aqui resigno
mi inútil autoridad.
(Los otros Magistrados hacen una señal de asentimiento: el Duque se turba, y Marinelli procura animarle.)
DUQUE. ¿Ves?... (Ap. á Marinelli.)
MAR. Que ha vacado el empleo
prometido. (Ap. al Duque.)
DUQUE. Su nobleza (Ap. á Marinelli.)
me ha avergonzado.
MAR. (Á los Magistrados.) Su alteza
accede á vuestro deseo.
MAG. Gracias.
(Los tres se retiran despues de saludar respetuosamente al Duque: este queda confuso y desconcertado.)

ESCENA XIII.

El DUQUE y MARINELLI.

DUQUE. ¡Ah!
MAR. Y ahora, señor,
pensad en vuestra conquista:
¡á la iglesia del Bautista,
que allí os espera el amor!
(El Duque le mira un momento como admirado de su osadia: despues exclama con voz reconcentrada.)

DUQUE. ¡Por tí ya tiene Toscana
un tirano!
MAR. ¡Un dueño fuerte!
DUQUE. ¡Óyeme!... Pide á tu suerte
que no te pese mañana!
(Váse por la izquierda: Marinelli se queda mirándole, con una sonrisa de triunfo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un salon de paso de la casa de Emilia: gran puerta al fondo, que es la de salida, y dos laterales, que comunican con las habitaciones interiores.

ESCENA PRIMERA.

CAMILO, MARINELLI, un criado á la puerta del fondo con una caja.

MAR. ¿Vuestra hermana?...
CAM. Mucho siento
que no pueda recibiros.
MAR. ¿Está indipuesta?
CAM. No; ausente.
Puedo saber el motivo...
MAR. En efecto; esta visita
os debe haber parecido
muy singular.
CAM. Por lo menos.
MAR. Eso es lo que yo me he dicho;
mas cuando sepais que soy
mandado...
CAM. ¿Si? no adivino...
MAR. Acercaos. (Al Criado.) Mi noble dueño
me envia con este rico

presente, á la desposada.
CAM. ¿Enviado? Eso es distinto.
(¿Tendrá razon?...) Yo no sé
si en su ausencia...
MAR. ¿Decis?...
CAM. Digo
que por mi parte...
MAR. Comprendo:
eso toca á su marido.
CAM. Pero yo, intérprete fiel
de su deseo, id tranquilo;
á mis hermanos lo haré
presente. ¿Habeis concluido?
MAR. Aun no: la boda será...
CAM. Ya lo sabe el Duque; hoy mismo.
MAR. Su alteza quiere saber
la hora, el momento preciso...
CAM. Donde está su voluntad,
no cabe eleccion: decídselo.
MAR. Es terminante mandato.
CAM. Si es mandato, no replico.
MAR. La hora acordada es...
CAM. Las doce.
(Marinelli saluda y Camilo le acompaña hasta la puerta.)
MAR. Adios, pues. No lo permito.
(Deteniendo á Camilo.)

ESCENA II.

CAMILO, luego LÁZARO.

CAM. ¡Lázaro!—No hay que perder
un momento; los indicios
son ya alarmantes.
LAZ. (Saliendo.) ¡Señor!
CAM. ¿Mis órdenes se han cumplido?
LAZ. Todas, señor.
CAM. ¿La capilla?...
LAZ. Dispuesta.
CAM. ¿Has pasado aviso
á todos?...

LAZ. Podeis estar
en ese punto, tranquilo.
CAM. Ahora, escucha. Concluida
la ceremonia, salimos
para Módena al instante.
LAZ. ¿Todos?
CAM. Todos.—Necesito
dos coches: tú guiarás
el de Emilia, y Pedro el mio.
Tú irás delante; ¿me entiendes?
Yo, mas despacio, los sigo
con mi madre.—¡Ah! me han contado
que en esa tierra hay bandidos.
LAZ. No faltan; pero su jefe
era el temible, y el pícaro
está preso y condenado
á muerte: ya no hay peligro.
CAM. No importa: tú me respondes
de Emilia y de su marido.
Toma cuantas precauciones
te parezca.
LAZ. Cuando os digo... .
CAM. Escoge en mi servidumbre
cuatro hombres, los de mas brio,
los mas fieles. Nada mas.
—Adios.
EMIL. (Dentro.) ¡Camilo! ¡Camilo!

ESCENA III.

DICHOS y EMILIA, que sale pálida y asustada.

CAM. ¡Qué tienes, hermana mia?
EMIL. ¡Gran Dios!
(Á una señal de Camilo se retira Lázaro.)
CAM. ¡Vienes alterada,
sin color! ¿Qué te sucede?
¿Te han ofendido? ¿No me hablas?
EMIL. ¡Ay! ¿Cómo quieres... ¡No puedo!
Tengo un nudo en la garganta.
CAM. Tranquilízate, y perdona
mi impaciencia. Ven, descansa.

(¡Si esos hombres!...)

EMIL. Voy cobrando
el aliento: ya me ahogaba.

CAM. ¡Pobre Emilia!

EMIL. Juraria
que he sentido sus pisadas
hasta mi puerta.

CAM. ¿Qué has dicho?
(No me engañé.) ¿De quién hablas?

EMIL. Es verdad... Oye, Camilo.

CAM. Ya te escucho.

EMIL. Esta mañana
salí á misa... Está la iglesia,
como sabes, inmediata.
Allí, puesta de rodillas,
orando, en las mismas gradas
del altar, al comun Padre
empecé á elevar el alma.
Cuando á aquel santo misterio
mi espíritu se entregaba,
oí un suspiro... suspiro
que interrumpió mi plegaria.
Quise alejarme y no pude:
temblando, mas resignada,
volví á mi oracion, y en ella
busqué la paz sin hallarla.
Luego, entre el sordo murmullo
de otras confusas palabras,
oí un nombre... ¿me comprendes?
¡Era el nombre de tu hermana!

CAM. ¿Y ese infame?...

EMIL. Á pesar mio
le oí ponderar sus ánsias
y su amor, y mi belleza...
¡Y yo rezaba! rezaba!
¡Qué tormento, hermano mio!
¡qué angustia! ¡Verme obligada
á oir en el mismo templo
instigaciones mundanas!
Y yo, cerrando los ojos,
llamé al ángel de mi guarda;
¡pero en vano! aquella voz

mi cerebro taladraba.
¡Y oia blandos requiebros,
y luego, quejas amargas,
despues, infames promesas!
¡Y yo rezaba! rezaba!

CAM. ¿Mas quién era?

EMIL. Llegó el fin
de la ceremonia santa:
eché sobre el rostro el velo,
temiendo hallar la mirada
de aquel hombre: entre sus olas
la multitud me arrastraba.
No sé cómo, obedeciendo
á una accion involuntaria,
alcé los ojos: ¡el miedo
me sobrecogió! ¡Allí estaba!

CAM. ¿Quién?

EMIL. Fijo, inmóvil, clavando
en mí su ardiente mirada,
despojado de su pompa. (Momento de pausa.)
¡Era el Duque de Toscana!

CAM. Y dime; ¿es la vez primera
que de su pasion te habla?

EMIL. Si, Camilo.

CAM. ¡Es caso extraño!
¿En dónde te ha visto, hermana?

EMIL. En el palacio de Doria,
en aquella noche infausta...

CAM. Y si no recuerdo mal,
bailó contigo.

EMIL. Obligada;
es cierto. Yo como tú
la condicion ignoraba
de esa familia.

CAM. No tiene
la reputacion muy sana.
Mas forastero en Florencia,
deslumbrado por la fama
y el brillo de un nombre ilustre;
¿quién, dime, no se engañara?
—¿Mas nunca le has dicho á Conti?...

EMIL. Vivia tan olvidada

de ello, como si lo hubiera
soñado.

CAM. Olvídalo y calla.

EMIL. Al contrario: hoy mismo quiero
decirle lo que me pasa,
y que huyamos de Florencia.

CAM. ¡No, Emilia, no!

EMIL. ¿Por qué causa?

CAM. ¿Á qué turbar su reposo?

EMIL. No le conozco, ó te engañas.
Conti es bueno: Conti abriga
esa nobleza del alma
cuya ejecutoria viene
del mejor de los monarcas.

CAM. Sin embargo...

EMIL. Y sobre todo,
yo pertenezco á una raza
que lleva de madre en hija
la frente serena y alta.

CAM. Ay, ¡pobre Emilia! El marido
no es el amante, y mañana
puede hacerse recelosa
la condicion mas hidalga.

EMIL. ¿Qué dices?

CAM. Tú, hermana mia,
del mundo no sabes nada.

EMIL. Pues bien: déjame que viva
en mi feliz ignorancia.

CAM. Pero ofréceme...

EMIL. Bien, bien:
callaré si eso te agrada;
pero... ¿Qué es esto? (Viendo la caja.)

CAM. Un regalo
de boda.

EMIL. Y dí; ¿quién lo manda?
(Abriendo la caja.)
Tal vez Conti... No, no es Conti.

CAM. ¿Pues quién te lo ha dicho?

EMIL. El alma.
—¿No lo ves? ¡Estas son perlas!
¡Perlas significan lágrimas!

CAM. ¡Qué ilusion!

EMIL. ¿Quién lo ha traido?
CAM. El Duque es quien te regala:
el portador, Marinelli.
EMIL. ¿Ves como no me engañaba?
(Arrojando la caja sobre la mesa.)
CAM. En breve quedarás libre
de esas aprehensiones vanas.
EMIL. ¿Y cómo?
CAM. Hemos convenido
en celebrar hoy sin falta
la ceremonia.
EMIL. ¿Mi boda?
CAM. Y salimos de Toscana
hoy mismo.
EMIL. ¡Hoy mismo! ¡Camilo!
¿Esas nuevas me callabas?
—Pero ¡ay, la felicidad
es egoista! ¡Qué ingrata
he sido!—¿Y mi pobre madre?
CAM. No temas: nos acompaña.
EMIL. ¡En su estado!
CAM. No hay peligro
en eso: á cortas jornadas...
—Tambien se hallará en tu boda.
EMIL. ¿Ha dejado el lecho?
CAM. ¡Vaya!
no consiente que otra mano
ponga en tu sien la guirnalda.
¡En tu ventura parece
que revive!
EMIL. ¡Pobre anciana!
¡amorosa madre mia!
¿qué es lo que el cielo nos guarda?
(Con melancolía.)

ESCENA IV.

DICHOS y CONTI.

EMIL. ¡Conti! (Procurando dominar su tristeza.)
CONTI. ¡Emilia, mi alegria!
—¡Oh, perdona á mi contento!...

(Volviéndose á Camilo.)
—¡Ya se aproxima el momento!
(Á Emilia.) ya podré llamarte mia.

EMIL. Lo sé.

CONTI. Hoy mi vida comienza.
—Pero dime; ¿en qué consiste
que te hallo turbada y triste?

CAM. Es la vergüenza.

EMIL. ¡Vergüenza!
¿Y de qué?—Nunca he tenido
por liviano devaneo
el legítimo deseo
que nos inspira un marido.
¿Y por qué se ha de esconder
el amor que en mí rebosa,
si el cariño de la esposa
es hermano del deber?

CONTI. ¿Por qué entonces el color
has robado á tu hermosura?

EMIL. Es que tiene la ventura
tristezas como el dolor.

CONTI. ¡Venturoso yo, Camilo!
yo, huérfano, nunca habia
contemplado esta armonia
que encierra el hogar tranquilo.
Me privó mi suerte escasa,
siempre severa conmigo,
de aquel regalado abrigo
de mi madre y de mi casa.
Pero por tí, bella Emilia,
—¡no hay bien que de tí no venga!
—hoy quiere el cielo que tenga
hogar, cariño y familia.

EMIL. ¡Dios lo quiera!

CAM. Sí querrá.

EMIL. (Mal mis temores resisto.)
Mas yo olvido que no he visto
á mi madre. ¿Qué dirá?

CONTI. Cúlpame.

EMIL. Tengo mejor
recurso, si se querella:
no necesito con ella

mas disculpa que su amor.
(Entra en la habitacion de la marquesa.)

ESCENA V.

CONTI, CAMILO.

CAM. Alegre estás.
CONTI. Es verdad,
Camilo; ¿y cómo pudiera
no estar contento el que espera
tamaña felicidad?
CAM. ¿Y tus celos?
CONTI. De sus flechas
aun envenenado estoy:
mas yo daré desde hoy
fin á mis torpes sospechas.
Hartos años he perdido
de felicidad y calma:
tiempo es ya de que dé el alma
sus dolores al olvido.
Solo Emilia en mi memoria
estará.
CAM. Mejor es eso.
CONTI. Y mas cuando me confieso
indigno de tanta gloria.
Nadie cual yo—¡no lo dudes!
—su piedad santa y modesta
conoce; pero aun no es esta
la mayor de sus virtudes.
—Si callaras...
CAM. Lo prometo.
CONTI. Su voluntad contradigo;
pero...
CAM. ¿Misterios conmigo?
CONTI. Voy á decirte un secreto.
Es la causa de la fé
invencible que arde aqui.
—Te diré cómo la ví,
y sabrás cómo la amé.
—Fué en Pisa: en aquel momento
un asunto meditaba,

—la Caridad—que llenaba
entero mi pensamiento.
Y me dije: «Esta sublime
virtud, que tan rara es ya;
¿dónde estará si no está
donde el infortunio gime?»
Y un dia, de un hospital
bajo el tenebroso techo,
sentada hallé junto á un lecho
un mujer celestial.
Sentí una extraña emocion
al verla, y quise saber
quién era aquella mujer.
Sin duda fué inspiracion.
Llevado de mi ansiedad
su nombre y clase inquirí,
y me dijeron: «Aqui
la llaman la Caridad.»

CAM. ¿Y era Emilia?

CONTI. Emilia era.
¿Y quién á tan alto punto
llenar el divino asunto
de mi Caridad, pudiera?

ESCENA VI.

DICHOS y LÁZARO.

LAZ. Señor.

CAM. ¿Qué es eso?

LAZ. Una dama
quiere hablar á mi señora
vuestra hermana, y sin demora.

CAM. Ha dicho cómo se llama?

LAZ. No, y con un velo encubierta,
ni aun el rostro deja ver.

CONTI. Es raro!

CAM. ¿Quién puede ser?

LAZ. Está esperando á esa puerta.

CAM. Que entre. (Á Lázaro que se vá.)

CONTI. Yo en tanto veré
á mi madre... si al fin puedo

llamarla asi.

CAM. ¿Tienes miedo?

CONTI. Tambien es virtud la fé.

(Sonriendo con satisfaccion.)

(Entran los dos en la habitacion de la izquierda; poco despues entra por el fondo Lázaro, guiando á la Condesa: esta viene con un velo echado que la oculta completamente el rostro.)

ESCENA VII.

La CONDESA ALINA, LÁZARO.

LAZ. Esperad aqui un momento.

ALINA. Bien.

LAZ. Al instante saldrá
mi señora.

ALINA. Ya lo he oido.

LAZ. ¿Vuestro nombre?

ALINA. (Con impaciencia.) Despejad.

LAZ. (¡Vaya un genio!) (Se vá hácia el fondo.)

ALINA. (Si pudiera
por su gente averiguar...)
—Oid.—(¡Pero no! eso fuera...)

LAZ. ¿Qué me quereis?

ALINA. Nada ya.

(Lázaro se retira al ver salir á Emilia.)

ESCENA VIII.

EMILIA, ALINA.

EMIL. ¿Quién sois?

ALINA. La condesa Alina.

(Alzándose el velo.)

—Su alteza...

EMIL. No prosigais.
—Quiero ahorraros la vergüenza
de decirlo: lo sé ya.

ALINA. Siendo asi, no tardaremos
en entendernos.

EMIL. Quizás.

ALINA. Mis amores con su alteza...
EMIL. Si os es posible pasar
por alto vuestros afectos...
ALINA. ¿Cómo, si es lo principal?
EMIL. ¿Y qué tengo yo que ver?...
ALINA. ¡Mucho, señora!
EMIL. Esperad.
(Vá á cerrar la puerta que conduce á la habitacion de su madre.)
—Podeis seguir.
ALINA. No hace mucho
me hallaba junto al altar
del Bautista: allí espiaba
los amores de un galan.
—¿Me habeis entendido?
EMIL. Fuera
impudente necedad
deciros que no.
ALINA. Pues bien;
¿qué quereis que os diga mas?
—Hablémonos sin rebozo;
decidme... ¿sois mi rival?
EMIL. ¡Condesa! (Con orgullo.)
ALINA. Nada de hipócritas
subterfugios. ¡La verdad!
EMIL. ¡Señora! Al poner la planta
de esta casa en el umbral,
si no el rubor, el despecho
os ha debido ofuscar.
No habeis mirado sin duda,
¡tanta es vuestra ceguedad!
el blason de mis mayores
que sobre la puerta está.
¡Las hembras de esta familia,
en su historia os mostrarán
nobles y castas matronas;
pero mancebas, jamás!
En mí no ha degenerado
esa bella cualidad
de mis abuelos: soy noble;
soy... orgullosa ademas:
y para ese indigno oficio

de cortesana procaz,
tanto como mi decoro
se opone mi vanidad.

ALINA. (¿Me habré engañado?) Al oiros;
¿quién, señora, no dirá
que brota de vuestros labios
á raudales la verdad?

EMIL. Creedlo.

ALINA. Mas no me basta
eso.

EMIL. Si quereis entrar
á ese aposento, hallareis
inmóvil en un sitial
á una anciana.

ALINA. ¿Qué me importa?...

EMIL. Es mi madre: contemplad
aquel semblante inundado
de no interrumpida paz.
Mirad bien aquella frente,
en la que vereis brillar
de la que fué casta esposa
la altiva tranquilidad;
y preguntaos á vos misma,
si una mujer principal,
si la que tiene tal madre
puede como vos amar.

ALINA. ¡Seguid, no importa! Mi orgullo
como querais, lastimad.
¡Si supierais el placer
que esas palabras me dan!
¡Insultadme, despreciadme!
Todo es nada, porque es mas
del tormento de mis celos
la hoguera ardiente y voraz.
¡Hay en vuestra voz, señora,
cierto poder celestial!...
Me habeis insultado, y yo...
os respeto á mi pesar.

EMIL. ¡Condesa, no os conocia!
¿Qué os he dicho? ¡Perdonad!

ALINA. ¿Por qué, si teneis razon?

EMIL. Para eso no la hay jamás.

Que me perdoneis repito:
solo debo lamentar
vuestra desdicha; teneros
compasion... y nada mas!

ALINA. ¡Compasion! ¡ay! yo no sé
si merezco esa piedad.
Tambien tuve noble madre:
¡noble como la que mas!
Por eso es mayor mi afrenta,
direis, y no direis mal.
Si yo pudiera, señora,
mis delirios olvidar!...
Pero el cariño, el incienso
de la lisonja fatal;
el prestigio que en los príncipes
es segunda majestad,
contrarios de mi pureza
me hicieron prevaricar.
Y desengaños, desprecios,
ingratitud, nada es ya
bastante, para que pueda
volver un momento atrás.

EMIL. (¡Infeliz!)

ALINA. Yo me retiro.
Antes quisiera estrechar
esa mano... y no me atrevo.

EMIL. (Dándole la mano.)
Solo es vuestra enfermedad
peligrosa, para aquellas
que se quieren contagiar.

ALINA. Adios, pues.
(Emilia acompaña á la Condesa hasta la puerta.)

ESCENA IX.

EMILIA, luego LÁZARO.

EMIL. ¡Gracias, Dios bueno!
habeis querido mostrar
á la esposa, de ese abismo
la horrible profundidad.
—¿Qué hay, Lázaro?

LAZ. El sacerdote,
al instante llegará.
La capilla está dispuesta
y decorado el altar.
EMIL. ¡Oh, gracias! todos tendreis
parte en mi felicidad.
LAZ. (¡Es tan buena!)
EMIL. ¿Y mis doncellas?
LAZ. Allí preparando estan
galas y joyas.
EMIL. No quiero
hacer á Conti esperar.
(Váse por la derecha.)

ESCENA XIII.

LÁZARO, luego ÁNGELO por el fondo, recatándose.

LAZ. Hoy es gran dia.
ANG. (Está solo.)
¿Lázaro? (Á media voz.)
LAZ. ¿Pero qué es esto?
ANG. ¡Chist!
LAZ. Yo conozco esa cara,
y la he visto...
ANG. Yo lo creo.
LAZ. ¡Ángelo!
ANG. ¡No alces la voz
de ese modo, majadero!
LAZ. ¿Cómo has entrado hasta aqui?
ANG. Sin ruido: todo está abierto.
LAZ. ¡Qué desórden!
ANG. Eso tienen
las bodas y los entierros.
LAZ. Pero dí; ¿cómo has podido
escaparte de tu encierro?
ANG. ¡Vaya! alguna vez habian
de valer ruegos de buenos.
LAZ. ¿Á qué vienes?
ANG. Cuando está
la conciencia de por medio,
y la opinion... ya lo sabes:

mi opinion es lo primero.
LAZ. ¡Vete! no me comprometas!
ANG. Pues como te iba diciendo,
yo tenia unos florines
mal ganados; lo confieso:
y hasta no restituirlos...
(Le alarga un bolsillo.)
LAZ. ¿Qué me das aqui?
ANG. Dinero.
LAZ. ¡Dinero!
ANG. ¿De cuándo acá
desconoces á tu dueño?
—Eso es tuyo.
LAZ. ¡Cómo, mio!
ANG. ¿No te acuerdas?
LAZ. No me acuerdo.
ANG. ¿Has olvidado á aquel amo?...
—¡Dios le tenga allá en el cielo!
LAZ. ¡Angelo!
ANG. Que nos trajiste
á los montes...
LAZ. ¡Chit! ¡silencio!
Si alguno te oyese...
ANG. El pobre
señor, entre otros objetos...
divisibles, nos dejó
en un diamante un portento.
Por no despertar sospechas
no quise entonces venderlo.
—Esta es tu parte. (Le alarga el bolsillo.)
LAZ. Te juro
que solo de verla tiemblo.
ANG. Eso es otra cosa: adios.
LAZ. Yo no he dicho que no quiero.
Al fin, bien ganado ha sido.
(Tomando el bolsillo.)
¡Te juro que pasé un miedo!
—Y ahora ¿qué quieres?—Supongo
que este no ha sido el objeto...
ANG. ¿Y por qué no? Me creias (Ofendido.)
capaz...
LAZ. Bien: no hablemos de eso.

ANG. Y entre camaradas... ¡quita! (Hace que se vá.)
—Oye; ¿á quién estás sirviendo?
LAZ. Á una familia modesta,
aunque ilustre.
ANG. Ya te entiendo.
LAZ. No hay lo que buscas.
ANG. ¿Quién sabe?
Me han dicho que hay casamiento.
LAZ. Hoy mismo: ya solo esperan
al sacerdote allá dentro.
ANG. ¿No habrá medio de impedirlo?
LAZ. Imposible.—¿Y á qué efecto?...
ANG. Di; si no me han informado
mal, cuando salgan del templo...
LAZ. ¿Qué templo? Es en la capilla
de casa.
ANG. Lo mismo es eso.
Despues de la ceremonia
tienen no sé qué proyecto...
—Si á mi memoria no ayudas,
no haremos nada de bueno.
LAZ. Vamos á Módena.
ANG. ¡Ya!
—¿Por dónde?
LAZ. Camino recto.
¿Quieres mas?
ANG. Eso me basta.
—Adios, Lázaro.
LAZ. Te advierto
que el lucro no será mucho.
ANG. Con la novia me contento.
LAZ. ¡Qué! ¿Te has hecho libertino?
¡Á tu edad!
ANG. ¡Eh, no seas necio!
Cuenta con tu parte; ¿entiendes?
Cien ducados cuando menos.
LAZ. Eso no.
ANG. ¿Gratis? Mejor.
LAZ. Es que no quisiera en esto...
ANG. Tú ya no te perteneces.
LAZ. Tomaré mi parte. (Resignado.)
ANG. Bueno.

LAZ. Pero vete.
ANG. Aun no te he dicho
lo principal.
LAZ. Es que tengo
un miedo...
ANG. En nada has cambiado.
—Di; ¿quién irá dirigiendo
el coche?
LAZ. Yo.
ANG. Todo sale
á medida del deseo.
—Ya conocerás la quinta
del Duque.
LAZ. Si no recuerdo
mal...
ANG. La conoces: pues bien;
junto á ella, das en el suelo
con la carga.
LAZ. ¿Y de qué modo?
ANG. ¡Bah! No será el primer vuelco
que has dado.
LAZ. No tal.
ANG. Ni el último,
si yo vivo mucho tiempo.
Adios. (Váse por el fondo.)
LAZ. ¡Nada! Cuando el diablo
nos atrapa de un cabello,
ya es dueño de la cabeza:
esto no tiene remedio.
—Vamos á cumplir en tanto...
(Se oye dentro rumor.)
—¿De qué proviene ese estruendo?
(Se dirige al fondo.)

ESCENA XI.

CONTI y CAMILO, que salen por la izquierda; LÁZARO, y luego el DUQUE y MARINELLI.

CONTI. Si habrán llegado... ¿Quién viene?
CAM. Sin duda son nuestros deudos.
UNA VOZ. El gran Duque de Toscana.

CAM. Á recibirle volemos.
(Se dirige al fondo.)
CONTI. (¡Dudas, ya sois evidencias!)
CAM. Ya está aqui.—¡Señor! ¿qué es esto?
(El Duque y Marinelli vienen por el fondo.)

ESCENA X.

DICHOS, el DUQUE y MARINELLI: gentes del Duque en el fondo.

CONTI. (Tal vez deshonrarla quiera
con este público alarde.)
(Saluda al Duque y vá á confundirse con las gentes que hay en el fondo: desde allí observa cuanto pasa en la escena.)
DUQUE. Voy á mi quinta esta tarde
(El Duque habla á Camilo con marcado desabrimiento.)
á probar una pantera,
y he querido de pasada,
—ya que no he de apadrinar
la boda,—felicitar
á la bella desposada.
—¿Cómo no está aqui?
CAM. ¡Señor!
no esperaba que á tal punto
la honrarais...
DUQUE. Mas ¿qué pregunto?
estará en su tocador.
CAM. Voy á darla esta sorpresa
agradable.
DUQUE. No: prefiero
esperarla: en tanto quiero
saludar á la marquesa.
—Anunciadme.
(Hace seña á sus gentes, de que se retiren.)

ESCENA XI.

El DUQUE, MARINELLI.

MAR. Poco humano estais...
DUQUE. ¿No es suya la falta?
—No sabes lo que me exalta
el orgullo de este hermano.
MAR. Eso si...
DUQUE. Conozco á veces
que es flaqueza: lo concedo;
pero me irritan, no puedo
tolerar las altiveces.
Solo en ella no condeno
esta culpa.
MAR. Por lo nueva.
DUQUE. Y es necesario que beba
otra vez este veneno.
MAR. ¿Qué ganais dando este paso?
DUQUE. ¡Solo ver á esa inhumana!
¡verla!—¡Desde esta mañana
con nuevo furor me abraso!
¡Con qué indiferencia altiva
escuchó el afecto mio!
MAR. La vereis pronto, os lo fio,
enamorada y cautiva.
DUQUE. No lo espero.
MAR. La mas brava
mujer, la mas altanera,
con el que la ruega, es fiera;
con el que la vence, esclava.

ESCENA XII.

DICHOS y CAMILO.

DUQUE. ¡Calla! (Ap. á Marinelli.)
CAM. Mi señora madre
saldrá al momento...
DUQUE. ¡Eso no!

(Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.)

CAM. ¡Cómo!...

DUQUE. Esto y mas debo yo
(Se vé á Conti aparecer en el fondo.)
á lo que fué vuestro padre.

CAM. Quien su nombre heredó, pienso
que á su fama corresponde.

DUQUE. ¡No sé lo que os diga, conde!
(Camilo vá á acompañarle, y el Duque se lo impide.)
—No vengais: yo os lo dispenso.
(Entra por la izquierda seguido de Marinelli.)

ESCENA XIII.

CAMILO y CONTI.

CAM. ¡Hermano!

CONTI. Todo lo oí.

CAM. Declarada está la guerra,
y hasta salir de esta tierra,
ya no hay honra para mí.

CONTI. Pues bien: procura que esté
á punto la gente toda.

CAM. ¡Si, si! despues de la boda,
ni un momento esperaré.
(Váse por el fondo.)

ESCENA XIV.

CONTI, despues EMILIA vestida de blanco, pero con sencillez.

CONTI. ¡Y yo no sufro aunque callo!
—¡Gran Duque! ¡tu tirania
lo quiere! desde este dia
dejo de ser tu vasallo.
—¡Emilia! (Viéndola salir.)

EMIL. Dime; ¿es verdad
lo que dicen?...

CONTI. ¿Qué te pasa?

EMIL. ¿Está el Duque en nuestra casa?

CONTI. Cierto.
(Desde este momento observa Conti con ansiedad lo

fisonomía de Emilia.)

EMIL. ¡Extraña novedad!

CONTI. ¿Y por qué tanta fortuna
te admira?

EMIL. (¡Es un nuevo ultraje!)

CONTI. Ha rendido este homenage
á tu beldad... y á tu cuna.
—¿No entras á verle? al salon
pasó con tu madre ahora.

EMIL. (¡Qué feliz es el que ignora!)

CONTI. (¡Por qué es esa turbacion!)

EMIL. No entraré si no me llama.

CONTI. ¡Mas con un príncipe, es ley!...

EMIL. Si él tiene fueros de rey,
yo, privilegios de dama.
—Y ahora, dime, Conti; ¿quién
está triste?

CONTI. No es tristeza.
Contemplando tu belleza
dudaba de tanto bien.

EMIL. ¿Me engañas?

CONTI. No.

EMIL. Siendo así,
sonríeme y soy dichosa.
(Desde este momento empieza á desvanecerse la tristeza de Conti.)
—Quisiera ser mas hermosa
solo por ser para tí.

CONTI. ¡Harto bella, Emilia mia,
eres ya! Te admiro y... Pero,
¿y tus joyas?

EMIL. Yo no quiero
mas joyas que mi alegria.
Ella y mi amante terneza
son mi tesoro mayor.

CONTI. Es que como soy pintor
rindo culto á la belleza. (Sonriéndose.)
Pero si prenda tan rara
con tu hermosura me das,
sé tambien que vale mas
tu corazon que tu cara.

EMIL. ¡Bien, Conti!

CONTI. ¿Pero qué quieres?
Dios, que tan bellas os hizo,
por algo ha dado ese hechizo
soberano, á las mujeres.
Tengo vanidad, aparte
de que tambien me dá enojos,
cuando se vuelven los ojos
de todos, para admirarte.
Te quiero modesta, oscura;
pero ¡ay! perdono á la fama
cuando reina te proclama
del donaire y la hermosura.
Cuando el general murmullo
para mas encarecerte...

EMIL. Yo te quiero de otra suerte:
tu cariño; ese es mi orgullo.
La impaciencia que me abrasa,
cuanto mi ambicion desea,
se cumplirá cuando sea
reina de tu pobre casa.

CONTI. ¡Pobre, sí! Mas ya blasona
de la ventura que espera.

EMIL. Verás si en su humilde esfera
sé conquistar mi corona.

CONTI. ¡Cómo se vá á enriquecer
de inspiracion, á tu vista,
del enamorado artista
el silencioso taller. (Camilo viene por el fondo.)
De hoy mas, si del arte, ufano
busco la palma gloriosa,
tú darás, querida esposa,
seguridad á mi mano.

ESCENA XV.

DICHOS y CAMILO.

CAM. Y para que mas influya
tu caridad en su celo,
tendrá en su casa el modelo
que antes buscaba en la tuya.

EMIL. ¡Conti! ¿Mis secretos vendes?

De mi engañada confianza
yo sabré tomar venganza.

CONTI. ¡Cómo! ¡pues de eso te ofendes!

EMIL. Permitido es ya á mi labio...

CAM. Sé con tu esposo benigna.

EMIL. La venganza será digna
de lo enorme del agravio.
Yo tambien te venderé.

CONTI. Oye...

EMIL. Hablar no te permito.

CAM. ¿Pero cuál es su delito?

EMIL. Tú verás cómo le amé.
—Estaba yo una mañana
de la alegre primavera,
junto á la fresca ribera
que el Arno en Pisa engalana.
Llena de dulce tristeza,
al par que avanzaba el dia,
blandamente se dormia
toda la naturaleza.
Flores ostentaba el suelo;
serenidad el ambiente;
mansedumbre la corriente
y luz el alegre cielo.
Bajaban al mar bravio
cien naves, la vela hinchada:
parecia... una bandada
de los ánades del rio.
Mas súbito, aquel reposo
trocando en ira violenta,
resonó de la tormenta
el rugido pavoroso;
y vuelto de su desmayo
aquel cielo, antes sereno,
habló con la voz del trueno;
se iluminó con el rayo.
Llamó luego mi atencion
con espanto, una barquilla,
que distante de la orilla
vagaba sin direccion.
Seco grito de amargura
partió de su espacio estrecho:

¡era una madre que al pecho
llevaba una criatura!
Pronto en las entrañas hondas
del rio, se sumergió
la nave, y solo se vió
á la madre, entre las ondas,
desatentada, la frente
siniestra, el cabello suelto,
arrollada en el revuelto
empuje de la corriente.
Todo era allí angustia y llanto.
«¡Favor! ¡Socorro!» exclamaban
todos; mas todos temblaban
sobrecogidos de espanto.
—Uno solo no tembló.
¿Á qué pronunciar su nombre?
Baste decirte, que un hombre
á salvarla se arrojó.
¡Y las aguas le envolvieron
en sus olas palpitantes!...
¡Estos horribles instantes
siglos para todos fueron!
Á aquella noble ansiedad
nada excede; nada iguala.
¡Y hay quien nos dice que es mala
nuestra pobre humanidad!
Ruegos, votos y oraciones
le seguian: de repente,
un «alhí está» brotó ardiente
de todos los corazones.
Y allí estaba, hecho pedazos,
lívido con la agonia;
mas ¿qué importa, si traia
dos seres entre sus brazos?

CONTI. ¡Vieja historia!

EMIL. Eso ¿qué prueba?
—Es antigua, ya lo sé;
mas para aquel que la vé
es siempre una historia nueva.

CAM. ¡Su alteza!
(Viendo aparecer al Duque y á Marinelli.)

ESCENA XVI.

DICHOS, el DUQUE y MARINELLI.

DUQUE. Por fin os veo.
(Camilo y Conti, al ver al Duque acercarse á Emilia, se alejan con respeto; pero en el que se deja ver la zozobra.)
EMIL. ¿Esto es honra, ó es agravio, (Á media voz.) señor?
DUQUE. No puede mi labio
expresaros mi deseo.
Mas... juzgad por lo que calla.
EMIL. Bien, señor; ¡no lo digais! (En alta voz.)
Sin mas favor, harto honrais
á vuestra pobre vasalla:
que un príncipe como vos,
cuando mis umbrales pasa,
la dicha trae á mi casa
ó no es imágen de Dios.
DUQUE. ¡Tal poder me concedeis!
pues si yo el de Dios tuviera,
Emilia Ricci... yo os diera
la dicha que mereceis.
Sujeto á las duras leyes
estoy, de la humanidad,
que no es la felicidad
patrimonio de los reyes.
¡Qué hermosa estais! Os admiro...
(Ap. á Emilia.)
EMIL. Permitid... (Quiere alejarse y el Duque la detiene.)
DUQUE. ¿Pues en qué os falto,
bella Emilia?
EMIL. Hablad mas alto,
señor Duque, ó me retiro. (Con firmeza.)
DUQUE. ¡Ah! (Ofendido.)
EMIL. Lo exige mi reposo. (Cambiando de tono.)
—Llamad á Conti.
DUQUE. Es que vengo
á hablaros...
EMIL. Mas yo no tengo

secretos para mi esposo.

DUQUE. ¿Sabe mi amor?

EMIL. Es razon.

DUQUE. Eso me podrá ofender...

EMIL. Conozco vuestro poder;
pero sé mi obligacion. (Con firmeza.)
¿Lo ois?

DUQUE. (Me ha desconcertado.)
Muy bien.

EMIL. Y hablad de otra cosa,
que esta situacion penosa
se prolonga demasiado.

DUQUE. Cierto. (Me vence... y me humilla.)
—¿Qué esperais? ¿No es la hora ya,
Conti?

CONTI. El sacerdote está
esperando en la capilla.

DUQUE. Y aqui vuestra madre llega.
(Conti y Camilo se dirigen hácia la puerta de la izquierda en actitud de recibir en ella á la Marquesa. Esta no aparece hasta la siguiente escena.)

EMIL. Por su noble ancianidad
os conjuro...

DUQUE. ¿Qué?

EMIL. Olvidad
ese capricho que os ciega.
—¡Juradlo!

DUQUE. ¡No; siento aqui
negros celos!
(Emilia, dirigiendo al Duque una mirada altiva, se aleja repentinamente de él dirigiéndose hácia su madre, que aparece en este momento á la puerta de la izquierda. La Marquesa trae una corona de rosas blancas en la mano. Cuando Emilia se arrodilla, la colocará en la cabeza de esta.)

ESCENA XVII.

DICHOS y la MARQUESA, apoyada en dos criadas. Su palidez y la lentitud de sus movimientos indicarán precisamente su estado.

EMIL ¡Madre mia!

(Arrodillándose delante de su madre.)
Bendecidme, y sea este dia
de ventura para mí!
(La Marquesa, despues de coronar á su hija, coloca una mano sobre su cabeza en actitud de llamar sobre ella la bendicion del cielo. El Duque contempla esta escena con respeto, Marinelli con ira. Un momento antes de caer el telon vienen por el fondo los convidados y las gentes de la servidumbre del Duque.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala de una quinta del Duque, á pocas leguas de Florencia. En el fondo, la puerta de entrada: en el ángulo que forman las dos paredes á la derecha del actor, una puerta secreta. Otra puerta á la izquierda, y enfrente de ella un balcon.

ESCENA PRIMERA.

EMILIA muy agitada, el DUQUE y MARINELLI.

DUQUE. Tranquilizaos.
EMIL. No podré
hasta saber de mi esposo.
¿Por qué tarda? ¿si está herido?
DUQUE. ¡Cuánto amor! (Ap. á Marinelli.)
MAR. (Ap. al Duque.) Pasará pronto.
—Yo le he visto hace un momento
persiguiendo á esos demonios
encarnados. ¡Qué osadia!
aun no he vuelto de mi asombro.
DUQUE. Vuestros temores comprendo;
mas necesitais reposo.
El viaje, las peripecias
de un dia, emociones todo;
el espectáculo triste
de ese combate horroroso...
EMIL. Teneis razon: necesito
descanso; mas no habrá modo

de alcanzarlo, si vencer
mis inquietudes no logro.

DUQUE. Á lo menos, procurad
calmaros, mientras dispongo
que indaguen el paradero
de Conti: de esto os respondo.

EMIL. Mi gratitud...

DUQUE. ¡Oh! no es eso...
(¿Qué iba á decir?) Vuestro gozo
bastará por recompensa
de mi afan.

EMIL. Pienso lo propio.

DUQUE. Entre tanto, es mi deber,
viéndoos en tal abandono,
daros la hospitalidad...
(Señalando la puerta de la izquierda.)

EMIL. Que acepto.

DUQUE. ¿Sin temor?

EMIL. ¿Cómo?
En la morada inviolable
de los duques generosos
de Toscana, no ha cabido
ni puede caber el dolo.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA II.

EL DUQUE, MARINELLI. Hay un momento de silencio.

DUQUE. ¿Qué es de Conti?

MAR. La verdad,
no lo sé.

DUQUE. Pero supongo
que has respetado su vida.

MAR. Yo no puedo hacerlo todo.

DUQUE. ¡Vive Dios!

MAR. La trama es mia;
la ejecucion es del otro.

DUQUE. Pero... (Con impaciencia.)

MAR. ¿Y quién puede á las iras
de los hombres poner coto?
El pintor ha resistido

á lo que entiendo, de modo,
que en el calor del combate...
y Angelo que es rencoroso...

DUQUE. ¡Marinelli! si has llevado
hasta ese extremo tu encono,
he de hacer que te separen
la cabeza, de los hombros.

MAR. «¡Marinelli! ¡Emilia es toda
mi gloria! ¡es el bien que adoro!
dáme la vida: en tus manos
mi paz y mi dicha pongo.»
Y el bueno de Marinelli,
que nunca puede ser sordo
á las quejas de su dueño,
sin odio á Conti,—¿qué es odio?
—traza su plan; mas sucede
quizás, que escapado el plomo
se encontró con el marido
en vez de encontrar con otro.
—«¡Marinelli! la cabeza
te he de separar del tronco,
si el marido...»—Yo no he visto
un rival tan generoso.

DUQUE. Tú sabes algo.

MAR. ¿Yo? nada;

(Viendo á un criado que aparece en la puerta del fondo.)

mas voy á saberlo pronto.
Ved á Emilia: consoladla.

DUQUE. ¡Oh! ¡no me atrevo!

MAR. ¡En sus ojos
secad las lágrimas: tienen
un encanto los sollozos!

DUQUE. Aun no es tiempo: hasta saber
qué es del pintor, fuera el colmo
de la infamia...

MAR. ¿Está ese hombre? (Al Criado.)

CRIADO. Ya espera.

DUQUE. Te dejo solo.

(Váse por la puerta del fondo, izquierda: un momento despues, sale por la misma puerta, pero por el lado opuesto, Angelo.)

ESCENA III.

MARINELLI, el CRIADO, despues ANGELO.

MAR. Ya sabes: á la salida...
CRIADO. Si el diablo no le socorre...
MAR. Basta: de tu cuenta corre
que no hable mas en su vida.
(Váse el Criado.)
—Házle entrar.—Es que flaquea
el príncipe, ó yo estoy ciego,
y neciamente le ruego
con lo mismo que desea?
(Aparece Angelo.)
ANG. ¿Vá á vuestro gusto la danza?
MAR. No puedo decir que si,
hasta ver...
ANG. ¿Teneis de mí
alguna desconfianza?
MAR. Acaso.
ANG. ¡Voto á mil truenos!
MAR. En cuanto al rapto, has cumplido.
ANG. Pues bien...
MAR. ¿Ha muerto el marido?
ANG. Muerto no; mas poco menos.
MAR. ¿La razon?
ANG. Es buena prenda.
MAR. Tu desconfianza es injusta.
ANG. Como la vuestra: me gusta
tratar... ¡pues! con quien me entienda.
MAR. (¡Infame!)
ANG. Yo no soy necio
ni confiado.
MAR. (Esa es tu suerte.)
ANG. Y he pensado que esta muerte
tiene para vos gran precio.
MAR. Pues te engañas: no doy yo
valor...
ANG ¡Ya veis mi inocencia!
¡Me he equivocado! ¡paciencia!
(Pero jurara que no.)

Yo me dije: hasta pillar
el dinerillo del socio,
(Movimiento de orgullo de Marinelli.)
se quedará este negocio
pendiente: con que... á pagar.

MAR. (¿Qué haré?)

ANG. Mi franqueza es tosca;
pero allá queda el paciente,
y le soltará mi gente
si no vuelvo... y con la mosca.
(Con intencion.)

MAR. ¿Y si me vendes?

ANG. ¿Qué gano
con mentir?

MAR. Si no, ya sabes...

ANG. ¡Oh! y estos negocios graves,
los hago yo por mi mano.

MAR. Toma. (Dándole un bolsillo.)

ANG. Bien ganado ha sido.

MAR. Por el rapto.

ANG. Y que la broma
fué... ¡Pobre Lázaro!

MAR. Y toma
por la muerte del marido.
(Dándole otro bolsillo.)

ANG. Es justo: el pobre señor
vá á tener un rato malo.
—Y la muchacha es regalo
digno de un emperador.
(Con malicia.)

MAR. ¡Cuenta con ese lenguaje!

ANG. Entiendo.

MAR. Y no hables jamás
de este asunto.

ANG. ¡Pche! Quizás
me decida á hacer un viaje.

MAR. Bien.

ANG. Esta tierra es mal sana,
yo no soy jóven, y tengo
mis achaques.

MAR. Te prevengo
que no vuelvas á Toscana.

ANG. Nunca: es cosa convenida.
No me pescará en sus redes
aquel mal juez.
MAR. Y si puedes,
procura enmendar tu vida.
ANG. ¿Es cosa de dar espanto?
MAR. ¿Eso dudas?
ANG. De manera,
que si en el mundo no hubiera
tanto bribon, fuera un santo.
MAR. ¿Eh?
ANG. Pero tengo un rapaz
tamañito: es mi flaqueza,
y le adoro! con franqueza;
y le doy gusto, y en paz.
No le quiero de mi porte,
aunque ya el chico es bravio,
feroz; pero yo le crio
para señor de la córte.
MAR. Di, ¿no acabarás?
ANG. Pero ello
cuesta, el ingenio se aguza,
¡pues! y si alguno me azuza,
me lleva por un cabello.
MAR. Ya me impacientas.
ANG. (Dirigiéndose á la puerta.)
Y es llano:
cuando hay chiquillo y mujer...
MAR. ¿Y qué tengo yo que ver
con tus afectos, villano?
ANG. Vaya, ¡qué mal corazon!
MAR. Vete y no vuelva yo á verte.
ANG. Voy, señor.
MAR. Ó hallas tu muerte.
ANG. (¡Me repugna este bribon!)
(Se vá por el fondo.)

ESCENA IV.

MARINELLI y la CONDESA.

MAR. ¡Paolo! déjale salir:
cuidado con que le ofendas!
(Esto lo habrá dicho asomado al balcon, que cerrará al retirarse. En el mismo instante se abre la puerta secreta y aparece por ella la Condesa.)
MAR. ¿Vos aqui?
ALINA. ¿Qué hallais en esto
de singular?
MAR. No quisiera
que mi señor...
ALINA. (Y lo sufro!...)
MAR. (Yo haré clavar esa puerta.)
ALINA. Marinelli! para usar
conmigo tanta insolencia,
debeis estar muy seguro
de que mi desgracia es cierta.
MAR. No hago mas que obedecer
la voluntad de su alteza:
sus órdenes.
ALINA. ¿Mas la causa?...
MAR. ¿La causa? no me interesa.
ALINA. ¡Cuidado! Aun no desespero
de triunfar.
MAR. Yo, bien quisiera...
ALINA. Tengo, para sujetar
al Duque entre mis cadenas,
talismanes poderosos.
MAR. ¿Qué mas que vuestra belleza?
ALINA. ¡La adulacion! ¡No teneis
otro valor ni otra ciencia!
—No es eso lo que aqui busco.
MAR. ¿Pues qué?
ALINA. La verdad entera.
MAR. ¿Y os ireis?
ALINA. Un desengaño;
eso quiero: la evidencia
de que soy aborrecida,

por mas que amarga me sea.

MAR. Y me prometeis...

ALINA. Mi orgullo
no me permite bajezas.

MAR. Tiene aqui el Duque una dama.

ALINA. Ya lo sospechaba.—¿Es bella?

MAR. No tanto como vos.

ALINA. Ya
esperaba esa respuesta.
—¿Es hermosa?

MAR. No diré...

ALINA. Ya me impacientais.

MAR. No es fea.

ALINA. (¡Á mucho se ha aventurado!
Debe de ser hechicera.)
—¿Y su nombre?

MAR. Emilia Ricci.

ALINA. ¡Pobre corazon, alienta!
Emilia, la desposada
de Conti!

MAR. ¿Y eso os alegra?

ALINA. Mucho, Marinelli, mucho.
Su voluntad es ajena...

MAR. Ya entiendo: quereis decir
que obedeciendo á la fuerza
solamente...—Y si al contrario?...

ALINA. ¡Oh, no! ¡Impostura! blasfemia!
¡Emilia de sí olvidada!
¡Emilia cómplice vuestra!
Aun guardo de la virtud,
á lo menos, la creencia.

MAR. ¿Ya no sabeis lo que pueden
el amor y las finezas
de un príncipe?

ALINA. Si; lo sé,
¡y ójala no lo supiera!

MAR. Una gota y otra gota...

ALINA. Es verdad.

MAR. Cavan las peñas.
¡La seduccion! esta es
la verdadera violencia.

ALINA. ¿Pero es preciso dudar

de la virtud en la tierra?

MAR. ¡Bah! Teneis unas preguntas!...
eso no os honra, Condesa

ALINA. ¡Oh, no es posible! Si Emilia
ha engañado mi experiencia;
si eso es verdad, no hay criatura
tan villanamente pérfida.

MAR. Es que hay organizaciones
especiales: unas pecan
por el escándalo, y otras
por amor ó por flaqueza.
Hay quien escucha á su orgullo,
mientras otra, mas modesta,
ama, y sin embargo quiere
respetar las apariencias.
Nuestra Emilia, acostumbrada
á la vulgar existencia
del hogar tranquilo, es tímida,
dulce, apasionada, tierna.
Amó al Duque; mas temiendo
la humana maledicencia,
buscó un marido. ¡Es la historia
de otras mil! Si os interesa...

ALINA. Seguid.

MAR. Mas suelen á veces
sobrevenir contingencias
imprevistas. Ya os supongo
sabedora de la nueva.

ALINA. ¿La nueva?

MAR. El pobre pintor,
amante, y marido apenas,
se vé asaltado; le arrastran
los bandidos á la selva.

ALINA. ¡Qué horror!

MAR. ¡Oh! No se concibe
tan descarada insolencia.
Aquí, cerca de la quinta
del mismo Duque... ¡á su puerta!

ALINA. ¡Le han muerto!

MAR. ¡Qué! ¿Ya os lo han dicho?

ALINA. Es natural consecuencia.

MAR. ¿Pues cómo?...

ALINA. El crímen seria
inútil de otra manera.
MAR. No entiendo.
ALINA. ¡No entiende! ¡Es mucha
la habilidad palaciega!
—¡Ah, Marinelli! ¡Atreveos
á mirarme!
MAR. ¿Que me atreva?...
ALINA. ¿Qué papel representais
en esta infame tragedia?
MAR. ¿Yo?
ALINA. Jurad... Mas no jureis:
seria en vuestra conciencia
un pecado mas.
MAR. ¡Me estais
horrorizando, Condesa!
ALINA. Ese noble corazon
no comprende, no sospecha
que pueda vestirse el crímen
de tan cobarde apariencia.
—Puesto que no lo sabeis,
oid... pero no tan cerca:
no aqui; pudieran oirnos.
(Llevándole á la derecha.)
—¡Sobre esa noble cabeza
se vá á herizar el cabello!
pero... ¡que nadie lo sepa!
—¡El Duque es el asesino!
MAR. ¡Vos... semejante sospecha!
Sin duda que habeis perdido
la razon.
ALINA. ¡Quién lo creyera!
¡Raptor y asesino!
MAR. ¡Ved
lo que decis!
ALINA. ¿Que lo vea?
¡Oh, mañana en la ancha plaza
me oirá la ciudad entera
la horrible verdad! Si alguno
en desmentirme se empeña,
le diré... ¡tú eres su cómplice!
(Fijándose en él y con tono amenazador.)

tú eres...

MAR. ¡Silencio! Alguien llega.

ESCENA VI.

DICHOS y el DUQUE.

DUQUE. ¿Qué es esto?

ALINA. Yo...

DUQUE. ¿Qué os irrita?

ALINA. ¡Señor! Soy yo que me atrevo
á sospechar...

DUQUE. ¿Á qué debo
el honor de esta visita?

ALINA. Extrañais que á vos acuda
cuando se dice en mi daño?...

DUQUE. ¿Qué buscais?

ALINA. Un desengaño.

DUQUE. ¡Condesa! ¿Aun os queda duda?

ALINA. ¿Han interpretado bien
vuestras palabras?

DUQUE. ¡Señora!
un desaire no se dora:
nunca es cortés un desden.
—Basta la menor señal
para la pasion mas ciega,
y á ese extremo nunca llega
una mujer principal.

ALINA. Poco mi cariño gana
con vos; pero se resigna.
La leccion es buena, es digna
de un príncipe de Toscana.
(Exaltándose por grados.)
¿Qué mucho que me avasalle
quien olvida la lealtad?..

MAR. ¿Qué estais diciendo?

ALINA. Mandad
á vuestro siervo que calle.
—Ya no me admira, ni puedo
extrañar, tras lo que he oido,
que tambien hayais perdido
á vuestra deshonra el miedo.

DUQUE. ¡Qué oigo!
ALINA. Ni que al arrancar
con mano torpe, alevosa,
(En el colmo de la ira.)
á una mujer, á una esposa
de las gradas del altar,
el heredero de un nombre
noble, ilustre, hoy deshonrado,
sin temblar haya pasado
sobre el cadáver de un hombre.
DUQUE. (¡Sucedió lo que temia!)
¡Vive Dios que si eso es cierto!...
ALINA. ¡Cómo! ¿teneis duda? (Con ironía.)
DUQUE. (Á Marinelli.) ¿Ha muerto?
¡Di!
MAR. Lo ignoro todavia.
ALINA. ¡Señor Duque, la invencion
es ingeniosa, aunque horrible!
(Aparece un Criado á la puerta del fondo.)
CRIADO. El señor Conti.
ALINA. ¡Es posible!
MAR. (¡Se me ha helado el corazon!)
DUQUE. Confesad vuestra imprudencia. (Á la Condesa.
ALINA. ¿Es calumnia? (Dudando)
DUQUE. Ya lo estais
oyendo.
ALINA. ¿Por qué no dais
para que pase, licencia?
DUQUE. Que entre, pues. (Al Criado, que se vá.)
ALINA. (¿Será verdad?)
MAR. (Mi confianza ha vendido.)
ALINA. (Veremos si me ha mentido.)
Entrad, señor Conti, entrad.
(Se adelanta hácia la puerta del fondo en ademan de recibir á Conti: este aparece en el mismo momento, y la Condesa retrocede admirada.)

ESCENA VII.

DICHOS y CONTI.

MAR. (¡Es él!)

CONTI. ¡Justicia, señor!
(Viendo á Marinelli.)
—¡Pero no! Tranquilizadme.
Mi esposa...
DUQUE. Está en salvo.
CONTI. ¡Gracias!
Ya mi dolor no es tan grande.
DUQUE. Yo la amparo.
CONTI. Ya no tengo
motivo para quejarme.
(Con mal disimulada amargura.)
DUQUE. Pero esos bandidos...—¿Cómo
de sus manos te salvaste?
CONTI. Puesto que de mis desdichas
informado estais en parte,
sabreis tambien por qué vivo,
que es mi infortunio mas grave.
DUQUE. Habla, pues.
ALINA. No oculteis nada.
(Al oido de Conti.)
MAR. (¡Me engañó aquel miserable!)
CONTI. Á vuestras puertas, señor,
como sabeis, pasó el lance:
á mi esposa me robaron!...
mi resistencia fué en balde.
Maniatado, escarnecido,
sacáronme de ese valle,
de su tirana crueldad
haciendo feroz alarde.
Pero cuando ya veia
llegado mi último instante,
y alzado el traidor cuchillo
pronto á derramar mi sangre,
el hombre que era cabeza
de aquella turba implacable,
paró de repente el golpe
mudando el duro semblante.
Miróme una y otra vez,
y despues de un breve exámen,
con acento conmovido
gritó á los otros: ¡soltadle!
—Vete, me dijo: la vida

que te doy, mi deuda pague.
Tú de la muerte en el Arno
dos prendas mias libraste:
sin tu valor generoso
no fuera yo esposo y padre.
¡Vive! pero pide al cielo
que de otro que yo te salve,
que tienes mal enemigo!
lo digo porque es cobarde.
(Mirando con fijèza á Marinelli.)

ALINA. ¿Qué decis, señor? hay nada
mas vil ni mas repugnante...

MAR. ¡Si, Condesa! es tan horrible...
que merece examinarse.

CONTI. Hablad; ¿qué quereis decir?

DUQUE. ¡Marinelli!

MAR. Aqui no cabe
otro medio, que indagar
el orígen de este lance.

CONTI. Sin duda.

ALINA. (¿Qué es lo que intenta?)

CONTI. ¿No proseguis?

MAR. Dejo aparte
el desacato: á las puertas
de esta casa hay un cadáver.

DUQUE. Explícate.

MAR. Aqui hay conato
de rapto.

CONTI. Seguid.

MAR. Combate,
escándalo y homicidio:
esto, como veis, es grave.
¡Solicitar del esposo
la muerte!...—Solo un amante,
y poderoso, es capaz
de atrevimiento tan grande.
El honor de vuestra esposa,
el vuestro...

DUQUE. ¡Emilia culpable!

CONTI. Seguid. (Con frialdad.)

DUQUE. ¡Oh! no es necesario:
yo sé que Emilia es un ángel.

MAR. Tal pienso yo: sin embargo,
el deber inexorable
de la justicia, no puede
con tal prueba conformarse.
Emilia desde ahora queda
bajo su accion, sin que á nadie
pueda ver y hablar.
DUQUE. ¿Qué dices?
CONTI. ¿No lo entendeis? una cárcel...
MAR. No digo precisamente...
DUQUE. Ni será asi.
MAR. En otra parte.
Su alteza señalará
la casa de algun magnate...
la de Doria, por ejemplo.
DUQUE. Habla; es ese tu dictámen? (Á Conti.)
CONTI. Si mi opinion puede ser
de algun valor, perdonadme
si esa lenidad no admito:
quiero justicia implacable.
DUQUE. ¡Qué quieres decir! ¡Tu esposa
en una prision infame
confundida!... Eso no es justo
con damas de su linaje.
CONTI. No la defendais, señor,
ó llegareis á inspirarme
recelos...
DUQUE. (Con altivez.) ¿De qué?
CONTI. De que es
mi desdicha irreparable.
Considerad...
DUQUE. Ya lo he visto,
y esto ha de ser. ¿No es bastante
rigor, poner su inocencia
al martirio del exámen?
En los Dorias tendrá Emilia
sin la pena del desaire,
amparo y rigor á un tiempo;
á un tiempo amigos y alcaides.
CONTI. Basta, señor: ya no tengo
que replicar. Dios os pague
esa piedad y ese noble

interés en lo que valen.
Lo habeis dispuesto... y ¿quién duda
de que será para honrarme?

DUQUE. Creedlo asi.

(Enojado y haciendo á Marinelli señas de que le siga.)

ALINA. (Se ha perdido.)

DUQUE. Adios quedad.

CONTI. Él os guarde.

(El Duque y Marinelli se van por la izquierda. Conti queda sumergido en profundo abatimiento, y la Condesa le observa un instante con piedad. Pausa.)

ESCENA VII.

La CONDESA, CONTI.

ALINA. Ánimo, Conti.

CONTI. ¿Aqui vos
aun?

ALINA. Por nuestra fortuna.
Su influjo sin duda alguna
aqui nos junta á los dos.

CONTI. ¿Pues qué?...

ALINA. Dad vuestros recelos,
dad vuestro dolor al labio.

CONTI. ¿Qué quereis?

ALINA. El desagravio
de vuestro honor y mis celos.

CONTI. ¿Qué tiene que ver aqui
mi honor? Explicaos, Condesa;
hablad.

ALINA. Mi intencion es esa;
pero no os quejeis de mí.
Unidos en la afliccion,
mas con diversa esperanza,
vos, Conti, buscais venganza;
yo busco satisfaccion.

CONTI. ¡Venganza! ¿de quién? ¿por qué?

ALINA. ¿Quereis que os diga su nombre?
—Ó no me entiende este hombre,
ó es otro del que pensé.

CONTI. (¡Oh, infamia!)

ALINA. Su liviandad,
¿no despierta vuestra ira?
CONTI. ¡Ella liviana! ¡Mentira!
—¡Ah, señora, perdonad!
Grosero me hace el dolor;
mas no sufre mi paciencia
que tenga nadie licencia
para ofenderla en su honor.
ALINA. Si estais tan seguro, en vano...
CONTI. Callad.
ALINA. Todo hombre es un niño.
CONTI. Libre aceptó mi cariño
y libre me dió su mano.
ALINA. Poder, amor, juventud,
todo un príncipe la brinda,
¡y quereis que no se rinda
la mas sólida virtud!
CONTI. Pero; ¿por qué, si eso es cierto,
me ha engañado?
ALINA. ¿Qué os asombra?
algo cobija la sombra
que deja un esposo muerto.
CONTI. ¡Qué decis!
ALINA. ¡Tristes verdades!
Esto es lo que entrambos trazan,
y asi al mundo se disfrazan
hipócritas liviandades. (Pausa.)
—¿Vais creyéndolo?
CONTI. (¡Quizás!
—¿Qué quieres, duda espantosa?)
ALINA. ¿Nunca os dijo vuestra esposa
nada de ese amor?
CONTI. ¡Jamás!
ALINA. ¿Que en casa de Doria, humana,
bailó con el Duque?
CONTI. No.
ALINA. ¿Ni supisteis que la habló
en la iglesia esta mañana?
CONTI. No.
ALINA. Bueno es eso, y que acabe
de desmentirme.
CONTI. ¡Señora!

ALINA. ¡Pobre marido, que ignora
lo que todo un pueblo sabe!
CONTI. ¡Dadme pruebas, y por Cristo
que su castigo vereis!
Pero claras.
ALINA. ¿Me creereis
si os digo que yo lo he visto?
CONTI. Pruebas os pido.
ALINA. ¡Soy dama! (Con altivez.)
CONTI. ¡Cuando su honor se atropella,
no basta! y tan dama es ella
como otras de mayor fama.
—¡Pruebas, Condesa!
ALINA. Olvidad
ese asunto: yo os lo ruego.
—Al que se empeña en ser ciego;
¿qué importa la claridad?
—Celos, deshonra y sonrojos
pueden ser glorias.
CONTI. (¡Ay triste!)
ALINA. ¡Si, Conti! Todo consiste
en saber cerrar los ojos.
CONTI. (Exaltándose gradualmente.)
¡No! ¡Que si hubiera podido
olvidar en solo un dia
su fé... la aborreceria
tanto como la he querido!
No vacilara en ahogar...
¿Mas qué motiva este encono?
(Reprimiéndose de repente.)
¡Condesa, no os lo perdono;
me habeis hecho blasfemar!
ALINA. (¡Cómo le envidio esa fé
en que ni aun tibieza cabe!)
—Conti, tomad esa llave.
CONTI. ¡Esta llave! ¿Para qué?
ALINA. ¿No entendeis? La tarde avanza.
CONTI. ¡Hablad, hablad!
ALINA. Esa puerta
tendreis esta noche abierta:
cúmplase vuestra esperanza.
CONTI. Dadme.

ALINA. Si una vez á Emilia
en casa de Doria veis...
CONTI. Eso, nunca!
ALINA. Ya podeis
conocer á esa familia.
Encantador precipicio;
feria en que el honor se tasa,
esto y mas es esa casa,
infame templo del vicio.
Llevaos á Emilia de aqui;
pero ahora, seguidme, y luego,
esta noche... (Llevándole hácia el fondo.)
CONTI. (¡Ay, que estoy ciego!
¡Todo es noche para mí!)
(Vánse por la puerta del fondo.)

ESCENA VIII.

El DUQUE y MARINELLI por la izquierda.

MAR. ¿Es posible?
DUQUE. Ni un momento
su libertad se dilate.
—Aqui suena y me combate
la voz del remordimiento.
El blando ruego, de escudo
contra mi amor la ha servido.
Sus lágrimas han podido
lo que su orgullo no pudo.
MAR. Como lo mandais se hará.
DUQUE. Viva feliz...
MAR. ¡Asi sea!
DUQUE. Puesto que su amor emplea
en quien su marido es ya.
MAR. ¡Ah, señor, qué heróica accion!
¡Renunciar tan gran tesoro!
DUQUE. Mi grandeza y mi decoro
lo exigen.
MAR. Teneis razon.
DUQUE. ¡Si, si!
MAR. ¡Qué cuadro tan bello!
¡Cuando á su esposo, extasiada

vuelva á mirar, enlazada
alegremente á su cuello!

DUQUE. ¡Calla!

MAR. Y con dulces antojos
palpite y tiemble y suspire,
y embelesada se mire
en las niñas de sus ojos!

DUQUE. ¡Acaba! ¿No ves que así
pábulo á mi fuego añades?
¡Si con celos me persuades,
ay de Emilia, y ay de mí!

MAR. Ensalzo vuestra nobleza.

DUQUE. Hiriéndome sin piedad.

MAR. Toda esa felicidad
es obra de vuestra alteza.
—¡Unir en uno esos dos
corazones!... Para eso,
yo no tengo, os lo confieso,
tanta virtud como vos.

DUQUE. Yo la tendré.

MAR. Recordad...

DUQUE. No esperes que en esto ceda.
No hay crímen á que no pueda
llevar la debilidad.
¡Tengo miedo á tus consejos!
Mas ya que mi ardor desmaya,
haz que esa mujer se vaya
lejos de mí... ¡lejos, lejos!

MAR. Vendrá aquí Conti...

DUQUE. ¡Cruel!

MAR. Y estrecharéis esos lazos...

DUQUE. ¡No! Si le viera en sus brazos...
¡Marinelli, triste de él!

MAR. ¡Os debe agradecimiento!...
pero así es mayor la gloria.
¡Renunciar á una victoria
ya cerca del vencimiento!
—No es decir que esto me asombre.

DUQUE. ¿Quién te ha dicho?...

MAR. Mi experiencia.
Mas cedió la resistencia...
—Es la condicion del hombre.

DUQUE. Su dolor...
MAR. No era dolor
lo que yo ví.
DUQUE. ¡Descreido!
MAR. Era el último gemido
del moribundo pudor.
—Pero la pasion es ciega.
DUQUE. Antes que de sí se olvide,
será capaz...
MAR. ¿Y qué pide
la mujer que llora y ruega?
DUQUE. Piedad quiere.
MAR. Ó ser vencida.
—Probad.
DUQUE. Mi cuidado es este;
¿no es posible que la cueste
mi loca pasion la vida?
MAR. ¡La vida! No son tan necias
las mujeres: el cuidado
desechad, que ya ha pasado
el tiempo de las Lucrecias.
—Y en aquella confusion
de Emilia, para mí clara;
¿no visteis cómo á su cara
se asomaba el corazon?
Y cuando ya galardona
vuestro anhelo, cuando ya
gime rendida...—Será
milagro si os lo perdona.
DUQUE. ¿Quieres ahogar mi hidalguía!
Tú juzgas... ¡y yo lo temo!
que era el esfuerzo supremo
que mi corazon hacia.
Cuando placeres y amores
tu esperanza me promete,
acaso me haces juguete
de tus cobardes rencores.
Todo esto presumo: ves
que no oculto mi desprecio.
¡Pues bien! ahora... á cualquier precio
quiero que á Emilia me des.
MAR. La tendreis.

DUQUE. El nuevo dia
la ha de encontrar en Florencia.
MAR. Estará.
DUQUE. Y amor, violencia,
todo lo acepto si es mia.
—Lanzado al abismo voy
por tu mano: á tí me entrego!
MAR. Sé que mi privanza juego...
DUQUE. ¡Tirano sin freno soy!
Si no cumples mi esperanza, .
¡ay! ¡que mis iras son ciegas!
¡ya lo sabes! y no juegas
solamente tu privanza.
(Váse por el fondo.)

ESCENA IX.

MARINELLI, luego CONTI por la puerta secreta.

MAR. ¡Lucha habrá! si, por mi nombre!
lucha mortal en que lidia
todo el rencor de mi envidia
contra la dicha de un hombre.
Pero ¿y Conti? ¡Afan cruel!
Triunfante rompió mis lazos.
—«Si yo le viera en sus brazos,
—dijo el Duque,—¡triste de él!»
—¡Le verá! si sus pasiones
á exasperar aqui vienen...
—Las almas débiles, tienen
horribles intermisiones.
Mi odio es implacable, eterno.
—Ahora que declina el dia,
cómo al riesgo le traeria
sin que él... ¡Inspírame, infierno!
¡Hijo tuyo es mi furor!
¡ayuda á mi negra empresa!
(Se oye abrir la puerta secreta.)
—Él me trae á la Condesa.
—¡No! me ha servido mejor.
(Viendo salir á Conti. Se dirige con precaucion hácia el fondo, por donde desaparece cerrando la puerta. Conti entre tanto se habrá asomado al balcon.)

ESCENA X.

CONTI solo.

Ahí estan ya.—Preparado
para nuestra fuga vengo....
—¡Despues... despues! ahora tengo
otro afan!... ¡otro cuidado!
¡Mi alma toda es un abismo
de dolores! ya no soy
el que era, y tan otro estoy
que siento horror de mí mismo.
¡Déjame, duda cruel!
Mas quise apurarlo todo,
y... quién desciende hasta el lodo
que no se manche con él!
Desconfianza, recelos
tengo... ¡y la vida me pesa!
¡Pobre corazon! confiesa...
confiesa que tienes celos!
—¡Celos! ¿tengo celos yo?
cómo esa pasion villana
con la pureza se hermana
de tanto cariño!—¡No!
nada puede desatar
de este amor el fuerte nudo!
¡ciega es mi fé! ¡ya no dudo!
—¡Ay! ¡no quisiera dudar!

ESCENA XI.

CONTI, EMILIA por la izquierda. Empieza á oscurecer poco á poco.

CONTI. ¡Emilia!
EMIL. ¡Oh Dios! ¿no deliro?
¡dí que es verdad que te miro;
dime, señor, que no es sueño!
—¡Me has costado, esposo y dueño,
tanto afan, tanto suspiro!
—¿Pero por qué te estremeces
y no ya como otras veces

me vuelves el rostro amigo?
¡Acaba! ¿Por qué enmudeces?
¿te has enojado conmigo?

CONTI. ¡Emilia!

EMIL. En esa mirada
no sé qué temores leo.

CONTI. ¿Mi afan no te dice nada?
(Con severidad.)

EMIL. Sin duda que estoy culpada,
pues tan airado te veo.

CONTI. ¡Ah!

EMIL. Por tí, por mi reposo,
sepa yo en fin la razon
de ese ceño rigoroso.
No es posible que mi esposo
me culpe sin ocasion.

CONTI. ¿Pues la ignoras?

EMIL. Por la fé
de mis mayores, lo juro.

CONTI. ¿Sabes dónde estás?

EMIL. Si sé.

CONTI. Pues si lo sabes; ¿á qué
mis desengaños apuro?

EMIL. ¡Dios de mi vida! ¿esa ha sido
la causa?...

CONTI. ¡Pues qué! ¿no es clara?

EMIL. ¡Por eso estás ofendido!
—Quisiera no haberlo oido...
aunque el alma me costara!

CONTI. Dí, ¿me sabrás responder?...

EMIL. Aunque mi afrenta devoro...
soy tu esposa; ¿qué he de hacer?
Calle y sufra mi decoro,
que está primero el deber.
—¿Qué me mandas?

CONTI. Dí; ¿te amó
el príncipe?...

EMIL. Señor, no.

CONTI. Hay alguien que asi lo entiende.

EMIL. ¡Miente! el Duque me ofendió,
y el que tiene amor no ofende.

CONTI. ¡Mas me ocultaste su intento!

EMIL. Y de ello no me arrepiento.
—No quise á tanta bajeza
ni condenar mi nobleza
ni humillar tu pensamiento.
La que á un honrado marido
advierte que está ofendido,
más le inquieta que le obliga;
y ese agravio se castiga
con el desden del olvido.
CONTI. ¡No hables mas!... del desengaño
la luz á brillar comienza.
EMIL. ¡Ay, Conti, me has hecho un daño!
CONTI. ¡Sientes horror!... no lo extraño;
pero es mayor mi vergüenza.
¡Emilia, piedad, piedad
de mi error!
EMIL. No la merece.
CONTI. Mi fé, mi amor, mi ansiedad
rinden culto á la verdad
que en tus ojos resplandece.
¡Perdóname si te aflijo!
EMIL. ¿Por qué este lazo bendijo
Dios, para tanta mudanza?
¿Por qué este amor, si no es hijo
de la noble confianza?
CONTI. ¡Es justa tu indignacion
y el castigo no rehuyo!
¡Pero Dios vé mi afliccion!
¡Asi me dé su perdon
como estoy cierto del tuyo!
EMIL. Si me prometes de hoy mas...
CONTI. ¡Siempre amor!
(Abrazándola: en este momento se oye rumor en la puerta secreta.)
EMIL. ¿Pero qué es eso?
CONTI. (Sospecho...)
EMIL. ¡Temblando estás!
CONTI. ¡Calla! ¡Espera!
EMIL. ¿Adónde vas?
(Conti se precipita hácia la puerta secreta y hace inútiles esfuerzos para abrirla.)
CONTI. ¡No me engañaba! ¡Estoy preso!

¡Ah, Marinelli! ¡En tus lazos
nos tienes!

EMIL. ¡No temo nada!
Primero me harán pedazos
que arrancarme de tus brazos.

CONTI. ¡Aun eres mas desdichada!

EMIL. ¿Por qué?

CONTI. Bajo el peso estás
de la ley.

EMIL. ¿Por qué razon?

CONTI. De complicidad... quizás (Con repugnancia.)
te acusan...

EMIL. ¡No digas mas!
¡Qué infame conspiracion!
¡Todo ya, todo se vicia!
¡Señor, qué abismo profundo
de iniquidad y malicia
han hecho de tu justicia
los poderosos del mundo!

CONTI. Cierto; pero aun no lo ves
en todo su horror.

EMIL. ¿Qué hay, pues?

CONTI. Codicioso de mis glorias,
el Duque manda que estés
en la casa de los Dorias.

EMIL. ¡Ay, ya lo ves! no hay linaje
de infamias, á que no acuda
su ciego libertinaje!
—Yo no quiero que me ultraje
ni el silencio de la duda.
Pero en tí mi afan reposa:
tú no querrás que tu esposa
en tanta afrenta se mire,
y de esa mansion respire
la atmósfera ponzoñosa.

CONTI. Yo fio de tu valor.

EMIL. Peligro corre el honor;
y cuando rompa esos lazos,
siempre dejaré pedazos
de mi ultrajado pudor.

CONTI. ¡Bien dispone de su presa! (Con abatimiento.)

EMIL. Pero hice yo por las canas

de mi madre, una promesa.

CONTI. ¿Y es?

EMIL. No entrar jamás en esa
guarida de cortesanas.

CONTI. ¿Quién lucha contra la suerte?
(Con desaliento.)

EMIL. Quien sabe que ha de perderte
y á todo ha perdido el miedo.
¿Qué es lo que ya temer puedo
cuando no temo á la muerte?
(Dice lo siguiente mirando á Conti con fijeza y marcando mucho las palabras.)
Porque soy tuya, señor:
tuya, y tú mio; ¿es verdad?
Aunque parezca rigor;
¿no puedes salvar mi honor
salvando tu dignidad?

CONTI. ¿Qué pides? (Espantado.)

EMIL. Yo nada pido.

CONTI. ¿Yo darte la pena fiera
que ese monstruo ha merecido?

EMIL. Tú lo verás.

CONTI. ¿Y has podido
imaginarlo siquiera?

EMIL. Ante esa injuria sangrienta;
¿quién en dolores repara?
No tengas mi vida en cuenta:
hiere, y rechaza la afrenta
que te arrojan á la cara.

CONTI. ¡No puedo!
(Emilia se arranca la corona de rosas, y la contempla con melancolía.)

EMIL. ¡Ay, corona mia,
en mi frente colocada
con amorosa alegria
por aquella madre honrada
que á mi dicha sonreia!
¿Qué haré, si una mano aleve
á tu pureza se atreve
con ciego y tenaz empeño?
¡Qué he de hacer! El que es mi dueño
no quiere que yo te lleve.

(Deja caer la corona: Conti la alza y vuelve á colocarla sobre la cabeza de Emilia, sacando al mismo tiempo un puñal.)

CONTI. ¡Eso no, Emilia! ¡Perdona
á tu esposo, si dudó
del valor que en tí blasona!
—Tú llevarás la corona
que tu madre te ciñó.

EMIL. Asi te quiero.

CONTI. Cumplida
tu heróica voluntad sea.

EMIL. ¡Para quitarme la vida...
oculta el arma homicida!
¡No dejes que yo la vea!

CONTI. ¡Ay, tiemblas!

EMIL. ¡En ese acero
ví al dolor mas que á la muerte!
—¿No he de temblar, si te quiero
tanto! ¡tanto!... y considero
que pronto voy á perderte?

CONTI. ¡Ay del que vé fenecer
en gérmen sus dichas todas!
¡Quién me lo dijera ayer,
esposa, que iba á tener
tan triste noche de bodas!
Pero el cielo; ¡oh, prenda mia!
vió en su justicia severa
que yo no te merecia,
y no quiso que viviera
en tu alegre compañia.
Cuando abrasado en amor
ardiente, ciego, infinito...

EMIL. ¡No me hables asi, señor!
¡No me quites el valor
de que tanto necesito!

CONTI. ¡En mis brazos!...

(Se oye ruido en la puerta del fondo.)

EMIL. ¡Esa puerta!...
¡Hiere!

(Ocultando el rostro en el pecho de Conti.)

CONTI. ¡Mi amor! ¡Mi alegria! (La hiere.)

EMIL. ¡Ay!

ESCENA XII.

DICHOS, el DUQUE, MARINELLI, Cortesanos y algunos guardias del Duque: estos traerán luces.

MAR. Ya lo veis si era cierta...
(Se queda aterrado.)
DUQUE. ¡Emilia! ¡Emilia!
CONTI. ¡Está muerta!
¿Os agrada todavia?
DUQUE. ¡Ven, miserable, á sus pies! (1)
(Haciendo arrodillar por fuerza á Marinelli delante del cadáver de Emilia. Un criado aparece á la puerta del fondo.)
CRIADO. ¡Señor! La Marquesa está
á vuestra puerta.
DUQUE. No des
licencia...
MAR. No es tiempo ya.
(Por la puerta del fondo y á lo lejos se vé venir á la Marquesa, andando lentamente y apoyada en el brazo de Camilo.)
DUQUE. ¿La ves?
(Á Marinelli, con furor, señalando á la Marquesa.)
MAR. ¡Ah, señor!
DUQUE. ¿La ves?
¡Ella á morir te condena!
MAR. ¡Yo... morir!... (Aterrado.)
DUQUE. Y aun es humana
para tu crímen, la pena.
(Á los guardias.)
¡Hola! ¡Arrojad esa hiena
á mi pantera africana!
(En este momento, y cuando los guardias se apoderan de Marinelli, llega la Marquesa á la puerta del fondo. Cae el telon.)

---

(1) Este verso se ha suprimido en la representacion para dar mayor rapidez al desenlace.

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 14 *de diciembre de* 1860.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

en 1818.
á vista de pájaro.

y Blanco.
lo se entiende, ó no hom-
mido.
a contra nobleza.
todo oro lo que reluce.

ta

ito de enmienda:
á rio revuelto.
a y por él.
erídas las de honor, ó el
gravio del Cid.
puerta del jardin.
so caballero es D. Dinero.
s veniales.

onvido al Coronel!...
mucho abarca.
uerte la mia!
a es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato a cuema ropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un sí y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

ca y Medoro.
de buena ley.
l mas feo.

rina la Gitana.
o y Marte.
y Flora.

cnando.
Mariquita.
risanto, ó el Alcalde pro-
or.

trino.
ayo de una ópera.
esero y la maja.
ro del hortelano.
uta y en Marruecos.
on en la ratonera.
imo mono.
os de carnaval.
rio (drama lírico).
stillon de la Rioja (*Música*).

El Vizconde de Letorieres.
El mundo á escape.
El capitan español.

Juan Lanas. (*Música.*)

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Jnanita. (*Música.*)
Los dos Flamantes.
La modista
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo
La hija de la Providencia.
La Roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)
La Toma de Tetuan.
La cruz del Valle.

Mateo y Matea.
Morcto. (*Música.*)

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina:

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.

)irecion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Palomares.
Badajoz	Rino.
Barcelona	Hered.ª de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	V. de Moraleda.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Garcia Alvarez.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Garcia.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Cañavate.
Mataró	Abadal.
Murcia	Hered.de Andrion.
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Mántaras.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Meneses.
Sanlúcar	Esper.
Santa Cruz de Tenerife	Power.
Santander	Laparte.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Pujol.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Moles.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Galindo.
Ubeda	C. Treviño.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.